

010

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

SUMARIO:

La construcción racional en la Economía, Lucien Laurat.—Cultura y socialismo, Upton Sinclair.—Diez años de racionalización, A. Lafon.—El factor económico en las Iglesias cristianas del mundo, Matías Usero.—La transformación social es ineludible, Isaac Puente.—¿Es el socialismo una utopía?, Henri Barbusse.—La economía mundial y el problema de la sobrepoblación, Hildegart.—El oro en el banquillo de los acusados, A. Minard.—Cinema económico español: Crisis y abandono, J. Martínez Rizo.—¿Está madura para Hitler la Economía alemana?, A. Souchy.—El comunismo libertario, mi credo social, Christian Cornelissen.—Una página de mi vida, Juan Grave.—Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Angel Pestaña.—Fascismo.—Libros.

Ayuntamiento de Madrid

1 PTA

DENAU

Orto

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSÉ RENAU

Año I Núm. 2

Valencia, abril 1932

La construcción racional en la Economía

EL socialismo opone el principio de la organización al desbarajuste de la economía capitalista, y el principio de la racionalidad a la pérdida insensata de materias y de fuerzas humanas que caracteriza el orden existente.

La organización racional de la producción y del reparto aparece como una necesidad absoluta en el caos presente de la economía mundial. Sin embargo, nos parece indispensable examinar de cerca el término «racional» aplicado a la ciencia social en general y a la economía en particular.

Al hablar de organización racional se piensa generalmente en la aplicación de la ciencia —alguna vez también de la razón pura y simple— a una actividad cualquiera, bien se ejerza en la técnica o en la administración, ya se aplique a los trabajos caseros o al equipo de una expedición polar. En la base de toda organización racional hay un programa determinado, un plan de conjunto reposando sobre un conocimiento perfecto de todos los elementos teóricos y de todos los datos prácticos que entran en su determinación. Pero conviene hacer una clara distinción entre la organización racional sobre el plan técnico y administrativo, de una parte, y la organización racional de la sociedad y de la economía, por la otra.

El primero se refiere, ante todo, a la materia muerta, siendo fácil de arreglar y disponer según las más recientes enseñanzas de la ciencia. Tanto si se trata de la construcción de una máquina como de la reorganización de una oficina, el plan de conjunto se atiene sobre todo a los datos técnicos, y los seres humanos encargados de la ejecución de la tarea trabajan bajo el mando de una autoridad absoluta que asigna a cada cual su labor en el marco del programa establecido.

La segunda se propone arreglar y coordinar la actividad del conjunto de los individuos que constituyen la sociedad. Pero no dispone de fuerza coercitiva pare-

cida a la que permite al director de una fábrica o al jefe de una oficina de escoger a su gusto tal construcción o tal otra organización y de reagrupar los individuos reagrupando las cosas relacionadas con los individuos.

Aun suponiendo que una fuerza dictatorial, capaz de triunfar de toda voluntad adversa o independiente, lograra imponerse a la sociedad, no se ve cómo podría organizar la economía racionalmente de acuerdo con un plan preestablecido. Todos los proyectos de economía dirigida han conducido, hasta la fecha, a resultados contrarios a sus fines; lo que demuestra que una cosa es equipar y organizar una empresa, un trust, y otra la de organizar la economía de la sociedad. El primero es de orden técnico; el segundo es un problema social e histórico. La técnica se deja conducir; la Historia no tiene amo.

La diferencia reside esencialmente en que las leyes que rigen la Naturaleza y las que rigen la sociedad humana no son las mismas.

El ingeniero que construye una máquina emplea la ciencia natural aplicada, conoce la extensión del vapor a una determinada temperatura, la resistencia de los metales que emplea y de los que calcula el grosor necesario según la tensión y la carga previstas; la ley de la gravedad, las propiedades químicas de las materias, los coeficientes de frotamiento, etc., son datos seguros, generalmente valederos. Provisto de estos datos, el ingeniero escoge la solución más racional y construye su máquina, siguiendo un plan rigurosamente definido. El industrial que compra una máquina obra de la misma manera: escoge las dimensiones y la potencia que conviene a su industria, a sus posibilidades financieras. Hasta aquí, la elección está determinada por el principio de la racionalidad.

El reformador económico y social correría mucho riesgo si obrara como el ingeniero o el industrial, aunque parezca que pueda hacer de igual manera su elección. El estudio de las diferentes formaciones sociales y de su estructura económica le permite darse cuenta de las ventajas y desventajas que lleva cada una de ellas, encontrar elementos racionales y establecer así un programa, sintetizando todos estos elementos en una construcción modelo, exenta de todas las taras inherentes a las formaciones estudiadas. Después de esto sólo faltaría ya aplicar el programa.

Pero la ciencia social aplicada difiere de la ciencia natural aplicada. Las dificultades surgen. La primera, sin ser fundamental, es bastante grave; mientras que un capitalista, reemplazando una máquina por otra, puede, sin gran inconveniente, parar la producción durante la instalación adecuada, es imposible, para sustituir una economía nueva por la existente, suspender la producción y la circulación, sin exponer la sociedad a la escasez y al hambre. Se podría responder evidentemente que esta transformación económica es concebible sin demolición completa del viejo edificio y que se puede efectuar gradualmente, de la misma manera que se hace para reemplazar un puente del que una mitad está en servicio mientras se derriba y reconstruye la otra.

La primera dificultad no es, pues, imposible, pero existe otra más seria. Las materias de las que se sirve el constructor de una máquina son inertes y se prestan a todo empleo compatible con sus propiedades físicas y químicas. La materia sobre la cual obra el renovador económico es mucho menos maleable: ella está constituida por un conjunto de individuos vivos, dotados de movimientos, de acciones y reacciones propias y espontáneas. Y ya se sabe que la resultante de todos estos movimientos, la evolución histórica de la sociedad, está determinada en último análisis por la estructura económica, por el modo de producción y por la circulación que de ello se deriva. Tal individuo o tal grupo de individuos quiere que esta evolución se haga según un esquema fijado de antemano; si este esquema

no responde a las posibilidades reales de la estructura social o que esté en contradicción con el sentido y el fin que las necesidades objetivas imprimen al desarrollo de la economía, pasará de largo sobre todos los planes racionales siguiendo su razón y su lógica propias.

La construcción racional en la Economía (hablamos de la economía en su conjunto y no de tal o cual empresa o de tal sector) no sabría concebirse como la libre elección de la forma o de la organización, respondiendo a lo que el cerebro humano podría considerar como sensato y razonable. En la economía, la racionalidad tiene un sentido distinto que en la técnica. No es racional en economía lo que se halla en la línea del desarrollo más o menos inmediato de una sociedad dada. Si el socialismo está hoy al orden del día, no es porque sea en sí más racional que el capitalismo o que otras formaciones económicas (esto no es nuevo, ya lo sabía Platón), sino porque la evolución objetiva del capitalismo, el marasmo crónico de la economía mundial no dejan otra salida más que la transformación socialista. El fin socialista es, pues, racional, porque procede de las tendencias immanentes de la sociedad actual. Contrariamente a la técnica, la construcción racional en economía debe apoyarse sobre los datos provistos por el análisis de las tendencias de la formación económica que se trata de reemplazar. Sólo este análisis permite reconocer lo que será y establecer el programa en consecuencia. Cualquier otro ensayo de construcción es utópico porque es extraño, si no contrario, a estas tendencias incoercibles y, por tanto, destinado a estrellarse contra ellas, por «racional» que pueda parecer a primera vista.

No es necesario disimular que bajo el ángulo de la racionalidad técnica, el socialismo está todavía lejos de ser superior al capitalismo. La gestión central y unificada de toda una rama de producción es más racional que el caos de la concurrencia únicamente si la concentración de las empresas, su fusión en un grupito de sociedades y la cartelización de estas últimas, han alcanzado determinado grado. Una rama, comprendiendo un centenar de pequeñas empresas, ocasionaría, en caso de gestión única y centralizada, falsos gastos mucho más elevados que las pérdidas resultantes de la competencia, los gastos de publicidad, de representación, etc. No sería conveniente una socialización precipitada y brusca de toda la Economía: una parte notable de la producción y de la circulación no está todavía madura para el socialismo. Por dónde la necesidad de una economía «mixta», de un período de transición en cuyo curso se efectuará la integración gradual de los elementos capitalistas en la Economía socialista.

Esta integración, aunque gradual, no se realizará automáticamente, sino que exige la acción consciente y racional de las organizaciones encargadas de dirigir el sector socialista y de controlar el conjunto de la economía. Entendemos aquí la palabra «racional» en su sentido técnico y económico a la vez. Económicamente, esta acción no será racional a condición de que no pierda nunca de vista el fin socialista en su sentido genérico, única salida racional del caos presente. Técnicamente no será racional más que si se abstiene de recurrir (salvo en casos excepcionales, por ejemplo, con motivos de defensa política indispensable y que no vamos a examinar aquí) a medios de presión extra-económica, si se construye a no expulsar el capital de sus posiciones más que mostrándose superior a él sobre el plano de la producción y del reparto. Los dos aspectos de la racionalidad constituyen aquí los dos límites que bordean el camino de la organización consciente de la Economía socialista.

La transformación económica encuentra todavía otra dificultad. Puesto que

el socialismo no puede realizarse de un día para otro y que la sociedad nueva surgirá poco a poco de las antiguas formas por vía de sustitución gradual (1), las leyes que rigen la economía capitalista continuarán obrando en una larga medida en el curso de la primera fase del período transitorio. El caos del mercado y las leyes ciegas que dominan los cambios subsistirán para comenzar. El elemento consciente, racional, «dirigido», tendrá allí un sitio más amplio cada vez, mas no podrá suprimir estas leyes en tanto que un sector importante de la Economía quede entre las manos del capital. Así no habrá más remedio que servirse de estas leyes, apoyarse sobre ellas para formar la levadura de la organización socialista. Su abolición pura y simple, lejos de conducir al socialismo, estrangularía la Economía, haría tabla rasa de lo que trata de transformar y llevaría a la sociedad al caos.

Pero para servirse de estas leyes precisa conocerlas, y en la actualidad se las conoce insuficientemente. Las numerosas publicaciones consagradas a la Economía dirigida, y que aparecen desde algunos años, lo demuestran hasta la saciedad. Se esfuerza en ellas por elaborar planes más o menos atrevidos en vista de dirigir la Economía capitalista. Se quiere despojar la Economía actual de estos trazos desventajosos, combatir o prevenir los efectos más nocivos, suprimir las excrecencias más peligrosas, pero dejando subsistir el capital. Sin embargo, el capital es concebible sin competencia, sin sobreproducción, sin consumo limitado, relativamente decreciente, de las masas asalariadas, sin sobreacumulación (o sobrecapitalización), sin especulación, sin expansión mortífera. Uan Economía desembarazada de todas estas excrecencias, ¿sería todavía capitalismo? En otros términos: ¿Es posible dirigir la Economía capitalista?

Las leyes a las cuales obedece el capital en cada uno de sus movimientos, y que Carlos Marx ha puesto al desnudo, responden que no. Y estas leyes son confirmadas por todos los hechos, por todas las estadísticas. Los que preconizan la Economía dirigida, ¿acaso los han estudiado? No hay más que un solo medio de «dirigir» la Economía capitalista: el de precipitarla al fondo de su ruta, el de dirigirla por medio de sus propias leyes hacia su propia negación, hacia el socialismo.

Sólo en este sentido y hacia este fin nos parece concebible la dirección de la Economía capitalista. He aquí por qué, para evitar toda confusión, creemos dejar el término «Economía dirigida» a los proyectos, aspirando a realizar esta dirección en el marco del capitalismo. Nosotros le oponemos la noción de la «Economía planeada», designando una Economía cuya dirección empieza por medidas sin duda moderadas, pero firmes y serias, orientadas neta y enérgicamente hacia el fin socialista. Toda tentativa de dirigir el capitalismo de otra manera es irracional y conduce al fracaso.

Para atraer la economía planeada, es necesario desarrollar los embriones socialistas ya existentes y encontrar en las mismas leyes del capitalismo las principales fuerzas motrices de la transformación socialista.

Evidentemente, una orientación decisiva hacia la economía planeada, tiene por condición la dirección de la clase obrera desde el poder y la intervención de este poder en el funcionamiento de la Economía. Es necesario tener en cuenta, como primeras medidas, la intervención social sobre los grandes monopolios,

(1) Hablamos aquí de la transformación de la Economía y no de los acontecimientos políticos, probablemente bastante violentos, que la acompañarán.

que disponen de las industrias-llave y que cobijan a la clase plutocrática, beneficiaria principal del neocapitalismo monopolista; el establecimiento del control del aparato bancario con el fin de ocupar todas las posiciones estratégicas de la economía. Gracias a estas dos medidas dictadas por la necesidad de instaurar el control de la producción por la clase obrera, la «Economía planeada» llegará a imponerse como la única salida del caos económico actual.

Lucien Laurat

AGRADABLE POSICIÓN DE EUROPA...



Un grabado... de actualidad, de Daumier.

(Publicado en *El Charivari*, en 1861.)

Cultura y socialismo

Qué efecto producirá la revolución social en la cultura? ¿Cómo se desarrollará ésta en una sociedad socialista? Para responder a estas preguntas es preciso averiguar qué representa la cultura en una sociedad capitalista y qué efecto ha producido la lucha de clases en las artes.

Ante todo, veamos qué es lo que yo entiendo por *artes*: no sólo la pintura, la escultura y la decoración son artes, sino todos los medios que emplea el hombre para representar la vida por medio de la imaginación.

Se tiene del arte el concepto vulgar de que trata de reproducir exactamente la vida: naturaleza muerta que no se puede distinguir de su modelo. Pero este arte sería muy bajo.

El arte es un medio de exploración de la vida y es, también, un medio de experiencia. Todo ser vivo trata de disfrutar todo el placer posible y de evitar en lo posible el dolor. Todo lo nuevo es peligroso. ¿Cómo averiguar si este peligro es bastante grande para gustarnos o para destruirnos? Esto se puede ensayar por medio de la imaginación y, de esa suerte, sentir su efecto sin experimentarlo.



● ●

Veamos un caso concreto. La Humanidad ha descubierto lo que se conoce con el nombre de métodos anticoncepcionales, los cuales constituyen, según Bernard Shaw, «el descubrimiento más revolucionario del siglo XIX». Este descubrimiento hace posible que el hombre adopte una actitud absolutamente diferente frente a los problemas sexuales: crea una vida sexual completamente distinta. Pero plantea el nuevo problema de investigar cuál será su efecto en el individuo y en la sociedad, controversia que hace furor hoy día en el mundo civilizado. De todos son conocidas las expresiones «unión libre», «facilidad de divorcio», «licencia sexual», «rebelión de la juventud». Millones de hombres meditan sobre estos problemas y los discuten.

Y hacen experiencias. Muchos, en la realidad; pero la mayoría, en su imaginación. Se publican millares de novelas sobre el problema sexual, de las que se tiran millones de ejemplares; y cada vez que un ser humano lee una de esas novelas hace una experiencia imaginativamente; hace que su personalidad trabaje por esta teoría, o por esta idea; entrevé lo que ella le da; averigua si le hace más feliz o más desventurado, más sabio o más tonto, y así sucesivamente. Pone a prueba el nuevo mundo de vida con ayuda del código moral que acaba de conocer; y, ya lo acepte o lo rechace, será en lo moral y en lo afectivo otro hombre, debido a la experiencia imaginativa que ha sufrido.

He dicho yo alguna vez que todo arte es propaganda; y esta declaración ha

sublevado a los críticos. Espero que ahora comprendáis qué es lo que entiendo por esto: cada artista tiene su punto de vista, su concepto de la dignidad, de la belleza y del atractivo, y quiere transmitir a otros hombres sus concepciones. Si no creyese que los demás hombres son dignos de ser influenciados por él, no se tomaría el trabajo de producir obras. Le bastaría con sentirse consciente de su visión personal y no trataría de comunicarla a sus semejantes.

En otras palabras, el objeto del arte consiste en comunicar nuestro concepto de la alegría del vivir y del milagro de la vida a nuestros semejantes, al mayor número de hombres posible: hacerles saber lo que sentimos, con la generosa esperanza de que ellos también han de sentirlo y de que, de este modo, la vida continuará engrandeciéndose.

Odio tanto a los beatos o al tirano que dice al individuo: «No se te permite vivir para tu felicidad ni para el desarrollo de tus más excelsas facultades», como al crítico o al esteta que declara que el arte es un terreno reservado a un grupo reducido de personas privilegiadas y cultivadísimas, y que las grandes obras de arte son aquellas que el hombre medio no sabe apreciar. Odio a todas esas pandillas y escuelas fantasistas que consideran el arte como medio de realzar su importancia personal, que producen obras sólo accesibles a un pequeño número de personas que únicamente sirven como pruebas de admisión al reducido círculo de los *snoobs*.

Odio, además, a los teóricos que declaran que la finalidad del arte es reproducir la realidad, olvidando que la vida es un proceso de creación, como el arte es un proceso de creación, que nosotros somos creadores de la vida y del arte y que podemos crear la vida nueva creando nuevas imágenes de la vida en nuestras obras. No quiero decir con esto únicamente que el artista sea capaz de influir de forma concreta en la sociedad humana por medio de su obra, como *La Marsellesa* ayudó a derrocar la monarquía francesa o como contribuyó *La Jungle* (1) a la higienización de los mataderos de Chicago. Quiero decir, además, que los grandes artistas crean un carácter que no ha existido jamás y que millones y millones de hombres aman este carácter y tratan de imitarlo y, de esta forma, crean nuevas formas de realidad que no existieron antes de haber nacido en la imaginación de su creador. En la Historia de la Humanidad han existido siempre, hasta ahora, señores y servidores. Vivimos hoy en una sociedad formidablemente compleja, gobernada por una clase privilegiada.

En la Historia se puede estudiar la evolución de esta clase dominante a través de los tiempos y observar cómo nuevos elementos han llegado al Poder y a la riqueza en ciertas épocas, abriéndose camino hasta las alturas y haciéndose con el Poder.

Nosotros, los socialistas, tenemos una teoría bien definida de lo que denominamos «lucha de clases», y pretendemos que esta teoría se basa de modo científico en el análisis de las fuerzas económicas. Hemos estudiado las clases dominantes en todas las épocas de la Historia e indicado cuál era la base de su riqueza y predominio y qué papel representaron en la elaboración de la cultura humana.

● ●

Toda clase que detenta el Poder ha tratado y tratará siempre de perpetuarse en él. Y no sólo se valdrá del acero y de la pólvora para defenderse, destruyendo

(1) *The Jungle, La Ciénaga*, por Upton Sinclair.—Upton Sinclair, editor, Pasadena, California, Estados Unidos.

a sus enemigos y a los individuos rebeldes, sino que también tratará inevitablemente de utilizar el método mucho más cómodo de vencer a los espíritus de sus enemigos y súbditos, convenciéndoles de la necesidad de su gobierno y persuadiéndoles de que la oposición al régimen es traición al Estado y blasfemia contra los dioses. Y creará todo un mosaico de ideales: piedad, patriotismo, lealtad, amor al hogar y otros por el estilo.

No recurrirá sólo a los argumentos y a ceñir sus cabezas con aureolas de santidad o de propaganda libre que todo el mundo pueda reconocer como tales, sino que será hábil y se servirá del arte, que es un medio mucho más potente. La clase dominante se pintará rodeada de personajes de relumbrón y corona de reyes. Hará que este trabajo lo realicen hombres de poderosa imaginación, recompensándoles con largueza, los cuales se convertirán en grandes artistas creadores de su tiempo y serán, después de muertos, «los clásicos», a quienes se aprenderá a venerar desde la escuela.

Pero no toda la fuerza del genio estará a disposición de la clase dominante. Habrá algunos genios nacidos entre las clases oprimidas, que sufrirán las injusticias inherentes a las mismas, y se rebelarán, convirtiéndose en pensadores y artistas de la rebelión. Las clases dominantes no acogerán ni aclamarán las obras de esos artistas, sino que procurarán destruirlas. Pero algunos de los más obstinados sobrevivirán, y, de esta suerte, tendremos un arte rebelde, contra la dominación de clase a través del mundo.

Suponed que sois profesor de latín y griego. Enseñáis a vuestros alumnos el amor a los clásicos de la antigüedad, y creéis que tal cosa es noble y humana porque de este modo os alejáis de los conflictos y del estruendo del mundo moderno. Pero no os dais cuenta de que el mundo griego fué en un tiempo mundo moderno, tan lleno de estrépito como el nuestro y de que pareció tan feo como el actual a los espíritus de aquella época. Sólo se puede comprender a los clásicos griegos cuando se les asocia con las luchas de clases que hacen furor hoy día: hechos que son tan reales y vivos para nosotros como lo eran los asuntos griegos para esos artistas. No existe cosa vulgar, criminal y confusa en la América actual, que no encuentre su paralelo en la Grecia antigua; y, si no conseguimos comprender esto, no seremos capaces de entender el arte griego ni el nuestro.

Los griegos, atormentados por guerras y epidemias, por las luchas civiles y por la venalidad y los celos de sus señores, hicieron lo mismo que nosotros hacemos ahora: se remitieron a los días de sus antepasados, que creían más grandes, nobles y sabios. De este modo incitaron a los artistas a pintar y glorificar a esos antepasados, del mismo modo que nosotros erigimos estatuas de mármol a Jorge Washington y a Abraham Lincoln. Por eso existen los poemas de Homero y de Hesíodo, y las graves y solemnes tragedias de Esquilo y de Sófocles.

Pero hete aquí que otro poeta, llamado Eurípides, a quien repugna esa ola de piedad y de patriotismo, pintó a esos dioses y héroes antiguos como hombres de verdad, con las mismas debilidades y deseos que nosotros. Las clases dirigentes de Atenas se enfurecieron; y un poeta cómico se encargó de hacer que Eurípides volviera de su acuerdo. Sólo es posible comprender a este poeta cómico, llamado Aristófanes, cuando se le supone que es la encarnación del ideal Tory conservador, o cuando se le imagina como uno de esos ciudadanos americanos cien por cien, a quienes la menor transformación de la sociedad subleva y que

ahogan en mares de sarcasmo a las ideas nuevas y a las proposiciones de mejora de la sociedad.

Todo el mundo cree que Shakespeare ha sido el mejor poeta del mundo. Shakespeare vivió en una época en que las clases dominantes en Inglaterra venían al catolicismo y en que enviaban navegantes y mercaderes a todos los rincones del mundo. La Inglaterra protestante era joven y aventurera y estaba llena de la alegría del vivir. Shakespeare fué la expresión de esa clase dominante; en comparación con su época, fué un alma libre, valiente y generosa. Creía en el sentido común; en la felicidad, por oposición a la superstición, y odiaba con violencia la crueldad y la tiranía; pero tenía todos los prejuicios de clase de la aristocracia inglesa, a la que servía y de la que obtenía favores y amistad. Todos sus héroes y heroínas pertenecen a la aristocracia inglesa y a la casta adinerada. Y cuando, por reacción, trata de crear algo cómico, lo encuentra haciendo que algún miembro de las clases inferiores se permita hablar como lo hacen sus superiores.

Veamos, en la parte opuesta, algunos grandes poetas de los que se sumaron al ejército de la rebeldía. Por ejemplo, Dante. Poeta de indignación moral, recibió educación de erudito, y hubiese podido llevar una vida cómoda y tranquila, si no hubiese tomado parte, al lado de los republicanos, en la vida política de Florencia, su ciudad natal. Fué desterrado, sufrió mucho, pero sus convicciones no flaquearon jamás, y murió en el destierro. Dante se preguntaba en su poema, en donde plantea el problema de todos los desterrados, que «¿cómo es posible que un Dios todopoderoso y justo, permita que se destierre al bueno, y que, los tiranos, los envenenadores y los falsarios prosperen y gobiernen las ciudades?» Sería interesante que un crítico literario negase que Dante fué un poeta de propaganda.

Podríamos demostrar que esos grandes maestros de todas las artes y, entre ellos, los nombres supremos, fueron grandes propagandistas, que dirigieron la lucha de las ideas, unos al lado de la clase dirigente y de sus privilegios, y otros, al de los rebeldes y de los protestatarios. Estos hombres eran tenidos en su época por propagandistas, de lo cual se enorgullecían, y hubieran rechazado la idea de perder el tiempo en escribir obras, poemas épicos o novelas que no tuvieran por finalidad algo serio.

El marco de la crítica lo establecen en América los propietarios y editores de las grandes revistas (magazines) y grandes diarios. Estos propietarios eligen sus críticos y redactores, los cuales prodigan a su vez elogios a quienes sostienen el orden actual. Pero, si un hombre denuncia y estigmatiza a esa literatura suficiente y satisfecha de sí misma de nuestra clase dirigente, no menos suficiente y satisfecha de sí misma, entonces se percibe la nota discordante y se siente uno molesto.

Existe una razón psicológica evidente de esta escala de valores de que acabo de hablar.

¿Qué han de esperar las artes y los artistas de la revolución obrera en marcha? La respuesta es la clásica de Marx: «Sólo tenéis que perder vuestras cadenas y que ganar un mundo.» El arte no es cosa exclusiva de una clase, es de la Humanidad. Los grandes artistas no sienten orgullo ni codicia de clase; son seres benévolos y amorosos. El arte grande, verdadero y libre sólo será posible en una sociedad sin clase, en una sociedad socialista. Shelley dijo que «los poetas son los legisladores desconocidos de la Humanidad».

Antes, los socialistas decíamos esto, pero no podíamos apoyarnos más que en las promesas de poetas socialistas, como, por ejemplo, en William Morris, que estaban cerca de los obreros y podían hablar en su nombre. Pero la revolución social ha sobrevenido en Rusia, en donde ahora hay una gigantesca casa de ediciones del Estado, que ha traducido y lanzado al mercado por millones de ejemplares las obras de todos los grandes escritores socialistas. Por ejemplo, publican en bellas ediciones las obras completas de Tolstoi, en cien volúmenes. Están publicando en ediciones populares, al alcance de todos los trabajadores, las novelas y dramas de Gorki, Tomás Mann, Hauptmann, Toller, Nexö, Rolland, Barbusse, Wells, Shaw, Dreiser, Sinclair Lewis, Sherwood Anderson, Juan dos Passos y Miguel Gold. Me han dicho ellos que preparan una edición de diez mil ejemplares de mi novela *Jimmie Higgins*, que se venderá a los obreros rusos al precio de sesenta copeks.

Tengo ante la vista una lista de las traducciones de mis obras publicadas en Rusia en los últimos diez años. Comprende en total 194 obras distintas; quiero decir con esto que no se trata de reimpresiones de la misma obra, sino de impresiones diferentes, hechas por casas distintas. Una de las editoriales más activas, llamada «La flota roja», está constituida por marinos de la marina rusa, que publican libros para su propia edificación. Otra es la de los obreros textiles. No existe sindicato ni industria en Rusia que no posea un club obrero, y en este club se encuentra la mejor literatura mundial y revistas y diarios, publicadas por las organizaciones del trabajo, y suele haber también publicaciones locales, conciertos y una T. S. H. educativa, en vez de la T. S. H. comercial americana. Hay también conferenciantes que realizan viajes de educación.

No obstante las dificultades que han tenido que vencer (cuatro años de guerra mundial, tres de guerra civil, el hambre y el paro casi completo de su industria), los rusos han dado al mundo un arte cinematográfico nuevo. Los expertos americanos que han visitado Rusia dicen que somos niños en comparación de ellos. La razón de esto estriba en que las cintas americanas se fabrican con miras a venderlas al mayor número posible, y de este modo se ponen al nivel de un niño de doce años. Os digo formalmente que ciertos estudios americanos tienen por costumbre presentar los escenarios a niños de doce años, y suprimir todo lo que éstos no comprenden o lo que ven que les disgusta...

En cada país civilizado puede descubrirse entre los obreros conscientes el mismo interés por el arte y el mismo esfuerzo para humanizarlo y para llevarlo a la madurez. El teatro comercializado de América olvida mis obras de teatro, pero los braceros austriacos, los tejedores ingleses y los estudiantes socialistas de Shangai y de Tokio las representan.

El movimiento socialista aspira a dar a cada uno en patrimonio ese gran mundo del arte y a hacer imposible que se llegue a la edad de la razón sin haber tenido ocasión de conocer y de participar de «todo lo que mejor se ha sentido y pensado en el mundo».

Upton Sinclair

Diez años de racionalización

26.000 muertos; 92.000 lisiados; 9 millones de heridos

DURANTE un mes: 33 dedos arrancados, 12.000 automóviles, 18 millones de beneficios netos..., cosa bien simple y a la que no hay que replicar. El automóvil es necesario a todos. 33 dedos no es ni barbarie, ni ligereza de espíritu; esto no es más que la rebaja de los precios...

Así se expresaba Ilya Ehrenbourg en su magnífico libro 10 C. V., cuando paseaba sus lectores por el infierno de los talleres Citroën.

Pero estas cifras sólo corresponden a un mes de trabajo, un mes de cadena, en una sola fábrica de una sola firma. Consultemos la estadística, basándonos en los únicos documentos *oficiales*, y esforcémonos en hacer un balance aproximado de diez años de racionalización, tal como la concibe el reino del capital.

He aquí la primera estadística para los diez años de 1920 a 1929 inclusive:

AÑOS	Muertos	Incapacidad permanente	Incapacidad de más de cuatro días	Causas desconocidas	TOTALES
1914	1.147	3.163	292.103	4.759	301.172
1920	1.932	5.931	640.528	7.959	656.350
1921	1.822	5.298	600.583	7.936	615.639
1922	1.837	6.513	668.713	5.767	682.830
1923	2.082	7.259	763.986	4.648	777.975
1924	2.229	8.472	839.623	6.551	856.875
1925	2.364	8.132	896.029	6.895	913.420
1926	2.392	8.093	973.151	5.806	989.442
1927	2.139	7.780	872.498	5.950	888.367
1928	2.330	8.146	993.725	7.174	1.011.375
1929	2.441	7.776	1.030.581	6.796	1.047.594
1920-29	21.568	73.400	8.279.417	65.482	8.439.867

Sería interesante relacionar este trágico balance de las cifras de rendimiento por cabeza de obrero, que estos señores de los Consejos de Administración publican en la Prensa especializada. Es de sentir que esta estadística no mencione los efectivos obreros, lo que permitiría calcular el porcentaje anual de mortalidad e invalidez. Pero esta laguna la llena la segunda estadística, que publica el servicio de minas.

La reproducimos a continuación con todo su horror :

AÑOS	Muertos	Incapacidad permanente	Incapacidad de más de cuatro días	Causas desconocidas	TOTALES	Efectivos obreros
1920	253	851	53.928	427	55.459	—
1921	274	1.148	57.150	506	59.078	—
1922	302	1.124	67.518	1.140	70.084	356.199
1923	350	1.303	82.154	882	84.689	402.205
1924	517	1.849	104.656	741	107.763	437.882
1925	556	2.053	114.341	580	117.530	448.280
1926	577	2.192	124.400	867	128.036	459.839
1927	574	2.943	132.975	1.309	137.701	470.250
1928	596	2.781	127.592	1.222	132.191	451.100
1929	587	2.935	130.851	1.018	135.391	—
1920-29.	4.586	19.179	995.465	8.692	1.027.922	—

De donde resalta que cada año es víctima de accidentes del trabajo, por lo menos comprendiendo una incapacidad de cinco días, cerca de un tercio del efectivo obrero de las minas. En otros términos: cada tres o cuatro años el minero es víctima de un accidente que necesita tratamiento.

Si consideramos especialmente la parte de los accidentes mortales, comprobamos que el riesgo de muerte aumenta de año en año. Una estadística hecha especialmente por el servicio de minas ha calculado el coeficiente entre los accidentes mortales con relación a los efectivos controlados.

Así, en siete años, el riesgo de muerte se ha agravado en cerca del 30 %, siguiendo idéntica progresión el riesgo de invalidez perpetua.

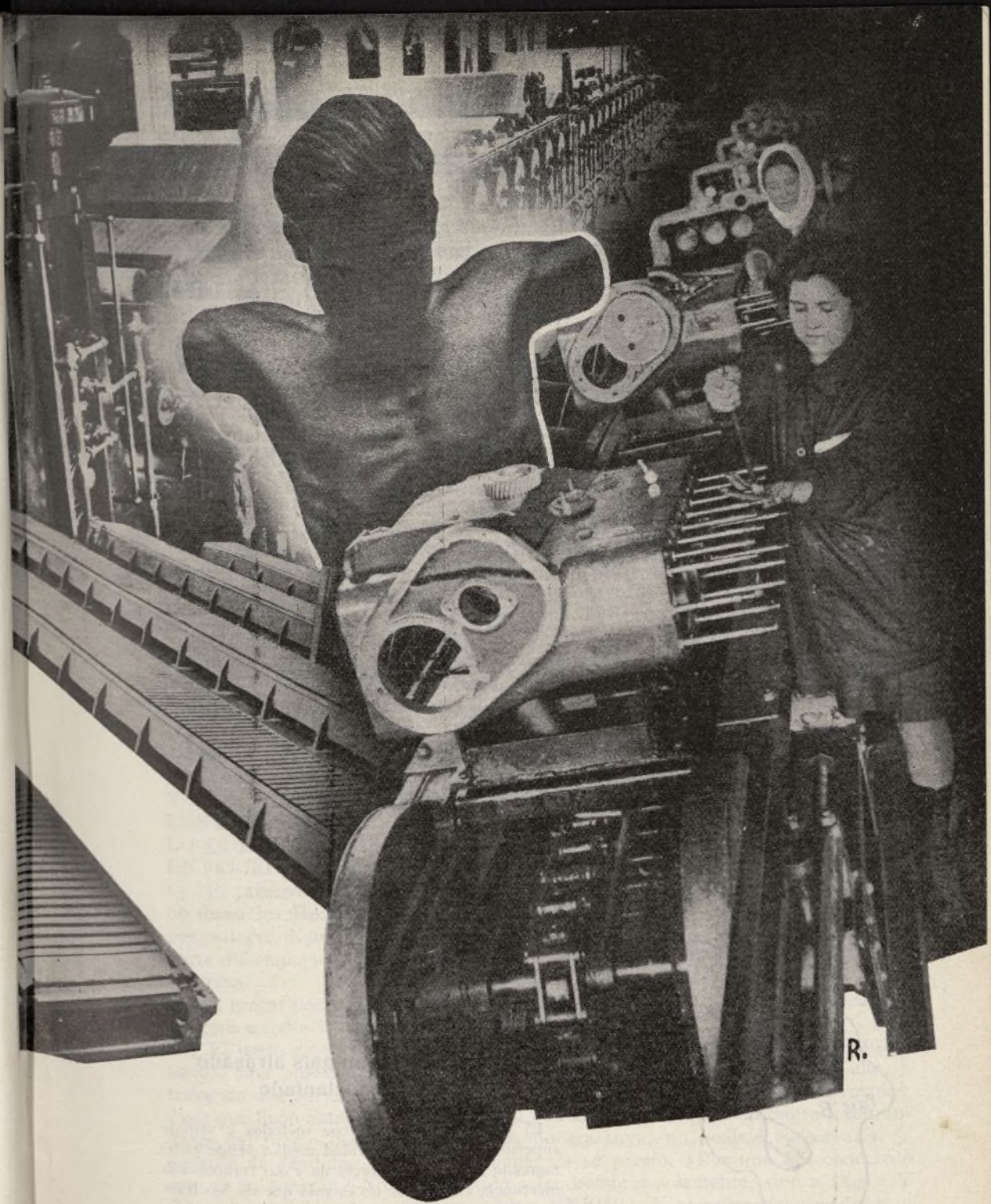
Por 10.000 obreros sometidos, este coeficiente se establece en la siguiente forma :

1922	10'5
1923	10'6
1924	11'8
1925	12'5
1926	12'34
1927	12'33
1928	13'17

Estos son los riesgos *ordinarios* de la profesión de minero. Por fortuna no ha habido que registrar en Francia, en el curso de estos diez últimos años, catástrofes como las que han enlutado la cuenca del Sarre y la del Rhur. Los riesgos arriba indicados corresponden a un largo período de trabajo apacible.

Reunamos ahora las dos estadísticas :

Muertos	Incapacidad permanente	Incapacidad de más de cuatro días	Causas desconocidas	TOTALES
21.568	73.400	8.279.417	65.482	8.439.867
4.586	19.179	995.465	8.692	1.027.922
26.154	92.579	9.274.882	74.174	9.467.789

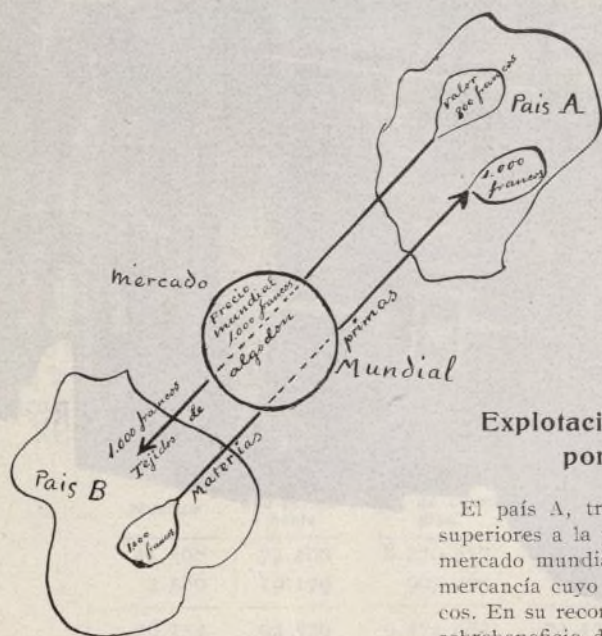


R.

26.154 muertos; 92.579 lisiados; más de nueve millones de heridos, más o menos graves: tal es el balance de diez años de racionalización capitalista.

Cada año van aumentando los riesgos profesionales, a medida que se perfecciona este maquinismo, que debía —y debe— ahorrar la pena de los hombres, pero que, monopolizado por unos pocos, conduce los pueblos a la miseria y a la muerte. Pues no conviene imputar a la máquina la responsabilidad plena de esta agravación del riesgo profesional. El *precio del progreso*, como dicen los economistas distinguidos, no exige hecatombes tan terribles.

A. Lafon



Explotación de un país atrasado por otro adelantado

El país A, trabajando con métodos y utillaje superiores a la productividad media, vende en el mercado mundial al precio de 1.000 francos una mercancía cuyo valor no es más que de 800 francos. En su recorrido se apropia gratuitamente un sobrebeneficio de 200 francos.

El factor económico en las Iglesias cristianas del mundo

EXISTE un fenómeno desconcertante, que debía hacer reflexionar a los fieles de todas las Iglesias, si la fe no cegara sus entendimientos, apartándolos de toda investigación razonada.

Los fundadores de todas las instituciones religiosas han vivido pobres, recomendando a sus fieles la misma vida. Aun aquellos que, como Gautama, el Buda, nacieron príncipes reales y pasaron sus primeros años en palacios fastuosos, rodeados de placeres y lujo, al encontrar la iluminación mística abandonaron toda comodidad, haciéndose mendigos y dándolo todo a los pobres.

Entre estos creadores de religiones, Jesús, el Cristo, representa el máximo de desprendimiento terreno, el desprecio mayor por los bienes temporales; en los libros considerados inspirados, por sus fieles, aparecen innumerables lugares donde se condena el uso de las riquezas y se abomina del acaparamiento del oro, llegando a afirmar que no se puede servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas.

El régimen de vida de los primitivos cristianos era francamente comunista, con un comunismo *integral y absoluto*; antes de ingresar en la comunidad cristiana, los neófitos debían vender todo lo que poseían, entregando el producto a los administradores de la Comunidad, *que daban a cada uno según sus necesidades*.

El precepto era tan riguroso que, en *Los Hechos de los Apóstoles* se conserva un pasaje interesantísimo, digno de ser copiado. Dice así: «Y en la muchedumbre de los que habían tenido fe, el corazón era uno mismo y una misma el alma; y ninguno de ellos decía que era suyo nada de lo que tenían, sino que tenían TODAS LAS COSAS EN COMUN. Y con gran poder, los enviados, daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús; y había mucha gracia entre ellos; PUES CUANTOS POSEÍAN HEREDADES O CASAS, LAS VENDIAN Y TRAÍAN EL PRECIO DE LAS COSAS VENDIDAS Y LO PONÍAN A LOS PIES DE LOS ENVIADOS: Y SE REPARTÍA A CADA UNO SEGÚN LO QUE HABÍA MENESTER, Y NO HABÍA NINGUNO NECESITADO ENTRE ELLOS.» C. IV, V. 32 al 35.

El precepto era tan riguroso y terminante que se aplicó la pena de muerte, no dicen los Hechos apostólicos si por orden de Pedro, como ejemplaridad, o *por milagro divino*, esta pena irremediable a dos ancianos, por reservarse una parte del importe de sus bienes vendidos para poder ingresar en la Comunidad cristiana.

A juzgar por la claridad del texto, debía ser una pena vindicativa y ejemplar aplicada a todos los infractores de la ley establecida.

El texto dice así: «Mas un varón, llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió una posesión, y defraudó del precio, consintiendo su mujer en ello, y trayendo una parte, púsola a los pies de los apóstoles. Mas Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo y defraudases del precio de la heredad? Cuando era tuya, no podíais conservarla. Y después de vendida, no podías disponer de su precio. ¿Por qué has concebido esto en tu corazón? No has mentido a los hombres solamente, sino a Dios.» Y Ananías, oyendo estas palabras, cayó y EXPIÓ. Y se sobrecogieron de gran temor todos los que oyeron estas cosas.

»Y los hermanos más jóvenes se levantaron, lo envolvieron en lienzos y, habiéndolo sacado fuera, lo ENTERRARON. Y pasadas como unas tres horas aconteció que su mujer, no sabiendo lo que había sucedido, entró. Y Pedro le dijo : «Dime, ¿vendiste la heredad por tanto?» Y ella dijo : «Sí, por tanto.» Y Pedro le dijo : «¿Por qué habéis convenido en poner a prueba al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pasos de los que han enterrado a tu marido y que te sacarán fuera a ti.» Y al punto cayó muerta a sus pies. Y habiendo entrado los mancebos la hallaron muerta, y habiéndola sacado fuera, la enterraron junto a su marido. Y toda la Asamblea y todos los que oyeron estas cosas se sobrecogieron de gran temor.» C. V, V. 2 al 12. (Traducción directa del texto griego.)

Queda probado, de un modo absoluto, que los cristianos eran comunistas, con un comunismo forzoso y punitivo que condenaba a muerte inmediata, *sin siquiera dar tiempo a arrepentirse y salvarse*, a los que se quedaban con una cantidad, por pequeña que fuese, de la venta de sus propios bienes ; muerte, repetimos, dada por voluntad del Príncipe de los Apóstoles, o *por medios violentos*, o *por intervención directa de la... Divinidad*.

¿Cómo han interpretado esta doctrina y este ejemplo las diferentes Iglesias cristianas?

Responda a esta pregunta el panorama actual de estas Iglesias y el estado de los negocios temporales de sus pontífices y sacerdotes.

En nuestro artículo anterior probábamos el carácter de las Iglesias como empresas financieras, humanas, y las fabulosas riquezas existentes en la Iglesia Católicorromana, mientras sus fieles y algunos de sus sacerdotes se mueren de hambre ; el acervo inmenso de los tesoros episcopales y abaciales ; los tesoros incontables guardados en las cajas fuertes de los Bancos, pertenecientes a papas, obispos, iglesias y comunidades religiosas ; la desviación absoluta del espíritu cristiano hacia un espíritu usurario y acaparador. Nos referíamos a España, que es el polo opuesto al catolicismo de América, donde muchos bobos creen que las Iglesias cristianas están dotadas de un espíritu de pureza y cooperación, de abnegación y de sacrificio.

Pues bien ; creemos poder probar, estudiando el otro polo del cristianismo, que esta doctrina espiritual y comunista en sus tiempos heroicos, se ha trocado, *en todas partes*, en una empresa de acaparar dinero en beneficio de algunos privilegiados, en una agencia bancaria internacional, para enriquecerse la burguesía eclesiástica, empobreciendo el proletariado de los fieles ; algo semejante y tan infame como el mundo burgués que disfrutamos y su puntal más firme y decidido. Contemplan mis lectores esta estadística edificante, *que tiene carácter oficial*, y podemos considerar disminuía, porque en todas partes las Iglesias esconden lo que pueden de sus riquezas para defraudar al fisco.

En 1926, es decir, después de la gran guerra, las principales Iglesias cristianas de los Estados Unidos tenían registrados, en millones de dólares, las sumas siguientes :

Iglesia católicorromana, valor de la propiedad eclesiástica : 837.271.053 dólares.

Iglesia metodista : 654.736.975 dólares.

Iglesia bautista : 496.827.795 dólares.

Iglesia presbiteriana : 443.572.158 dólares.

Iglesia episcopal : 314.596.738 dólares.

Iglesia luterana : 273.409.748 dólares.

Congregaciones : 162.222.552. dólares.

Este es el panorama financiero de las Iglesias cristianas en Norteamérica, y

podemos afirmar que estos datos no revelan la verdad, por referirse solamente a LAS PROPIEDADES POSEIDAS POR LAS IGLESIAS QUE TRIBUTAN Y NO PUEDEN OCULTARSE A LA INVESTIGACION DEL FISCO; LAS CUENTAS EN BANCOS, ALHAJAS, objetos de arte, acciones en empresas y dinero atesorado, sin sacar a la circulación, es muy probable que alcancen una suma igual o mayor.

Y estas Iglesias siguen engañando al mundo, llamándose herederas y representantes de quél que no tuvo ni una cueva donde refugiarse, ni una piedra donde reclinarse su augusta cabeza, ni tocó nunca una moneda, por considerar impuro el dinero; vivió ejerciendo un oficio humilde; fué un trabajador manual; un revolucionario, siempre al servicio de los descontentos y los perseguidos, e impuso a sus discípulos, como precepto terminante y obligatorio, no poseer ni *bolsa para guardar dinero, ni siquiera dos túnicas...*

Pero, ¿de dónde sacan las Iglesias tanto dinero, aun en países civilizados, abundantes en librepensadores? Del engaño y la estafa, organizada en gran escala, por medio de la publicidad jeremiaca y pedigüeña; de las donaciones de los grandes capitalistas, que explotan, ayudados por las Iglesias, sus aliadas y defensoras, a los obreros con cuyo trabajo se enriquecen, y de las limosnas de los pobres, que allí, como en todas partes, no han llegado a comprender que las Iglesias, *tal como están actualmente organizadas*, son sus enemigas y el mejor auxiliar de los gobiernos capitalistas y despóticos y de la burguesía, sin conciencia ni entrañas, que está llevando el mundo a la desesperación y a la miseria, mientras se apoderan de todo el dinero del mundo las Iglesias y los capitalistas, dos facetas distintas de esta organización social, decadente y moribunda.

Las Iglesias cristianas no son instituciones espirituales, ni siguen el espíritu, generoso y desinteresado, de sus fundadores; actualmente son ricas y poderosas empresas capitalistas, focos de influencia política, conservadora y burguesa, y, como tales, tienen especial cuidado en defender al capitalismo, situándose siempre del lado de la burguesía en todos los conflictos sociales.

Las burguesías eclesiásticas y civiles se ayudan y se defienden mutuamente en los momentos de peligro; el mundo que estamos construyendo unos pocos hombres de buena voluntad, los verdaderos seguidores de Cristo, Buda y los demás fundadores de religiones, que pusieron, por encima de todo, el bien de la colectividad y la justicia para todos, tiene su enemigo más formidable en las Iglesias, puntales seculares del mundo que se derrumba; sin vencerlas a ellas será imposible vencer a la burguesía internacional, su aliada y su puntal a la vez.

Este es el motivo porqué es necesario seguir hablando a las masas del problema clerical o eclesiástico, como una cosa fundamental y perentoria; el conductor de masas que esquive este problema y lo dé por resuelto es un traidor al ideal marxista y a la Humanidad que alborea; trabaja por el mundo burgués de las iglesias y de los capitalistas, engañando a las masas trabajadoras.

Por eso yo, y conmigo los verdaderos socialistas, no podemos estar conformes con la cooperación de nuestros diputados en las Constituyentes para el cambio del artículo 24 en artículo 26, ni en el escamoteo de la cuestión religiosa en la Constitución, ni en el retardo de reforma de las leyes que se refieren al cumplimiento de los preceptos constitucionales, ni en algunas otras cosas fundamentales defendidas por el marxismo teórico, pero abandonadas por los diputados marxistas en la práctica parlamentaria.

Queremos dejar consignado aquí un dato guiador, en el orden financiero: sólo en el año 1929 se han donado por los fieles a las iglesias protestantes de los Estados Unidos 520.000.000 de dólares; no he podido hallar la cantidad donada

a la Iglesia católica, pero puede calcularse una suma mayor. Sin contar otras inversiones de capital eclesiástico, difíciles de conocer, por ser ocultas cuidadosamente, se calculan, *según datos oficiales, en cuatro billones de dólares*, pongo la cifra en números para que se den cuenta mis lectores de la riqueza de las iglesias cristianas, en Norteamérica, 4.000.000.000.000 de dólares, la valorización de 325.000 edificios eclesiásticos pertenecientes a las iglesias americanas, *y no es este el número completo de sus propiedades conocidas*.

En 1926 gastaron algunas iglesias cristianas 817.000.000 de dólares en sostener sus ministros y sus obras, empleando sólo una pequeñísima cantidad *en obras de caridad*.

En los Estados Unidos se publican más de setecientos periódicos y revistas religiosas, con una circulación de más de once millones de ejemplares, que sirven para conservar en los hogares la influencia de las iglesias, su dominación sobre las conciencias y sobre... los bolsillos; organizaciones de jóvenes como la YMCA y la Y. W. C. A. extienden la influencia de las Iglesias, como instituciones políticas, sobre las masas obreras, por medio de Clubs y equipos de deportes, sirviendo los intereses de la burguesía que las subvenciona espléndidamente.

Sólo estas dos organizaciones poseen la suma de 230.060.000 dólares en propiedades y en fondos, que emplean, en su mayor parte, en contrarrestar el movimiento obrero, izquierdista y revolucionario; se mezclan en las luchas electorales, poniéndose del lado de la burguesía, de quien dependen financieramente y a quien sirven, por medio de sus respectivas Iglesias, y estrangulan los esfuerzos del proletariado para su liberación.

Este es el verdadero motivo de que el movimiento obrero y las conquistas sociales de éstos sean menores en aquel país, a pesar de su riqueza, que en Europa.

Estas dos poderosas congregaciones de jóvenes, *religiosos y burgueses*, gastaron en un solo año, en 1930, 60.600.000 dólares en modelar las masas obreras al capricho de sus instructores, los primates de las Iglesias, llevándolos a sus templos, matando en ellos el espíritu de rebeldía, anulando en sus conciencias dormidas cualquier deseo de rebelión contra las injusticias sociales.

Allí se usa la religión como un lubricante para hacer trabajar más de prisa a los obreros, para aumentar la producción, para doblegarles a la creciente explotación capitalista, para entregarlos inermes, apocados, vencidos, a las Iglesias, que cobran por este trabajo de cañes y de judas, millones y millones de dólares de los capitalistas explotadores del obrero y arruinadores de la sociedad.

Queremos terminar con una frase certera de Lenin, esa gran figura histórica, que supo dar su verdadero valor al factor religiosopolítico: «Todas las clases opresoras necesitan dos funciones sociales para salvaguardar su dominación: la función del verdugo y la función del... CURA.»

Matías Usero Torrente

Ferrol, en mi retiro de San Felipe.

La transformación social es ineludible

Ley de conservación de la materia y de la energía

HA sido formulada así: «En la Naturaleza, nada se crea y nada se destruye: todo se transforma.» Esta ley es aplicable en Sociología, como en cualquier otra ciencia biológica. Es universal. Las Instituciones Sociales, el pensamiento mismo, no escapan a esta ley. Todo está en incesante transformación.

El caos es una entelequia, un «coco» para amedrentar a los pusilánimes. No hay miedo de que se pierda, ni de que se destruya, ni de que sobrevenga ninguna lamentable confusión. Sólo puede haber transformación de lo actual, cambio de instituciones, sustitución de ideas, distinta ordenación de las cosas.

En la Naturaleza, siempre que una vida cesa, que una actividad se apaga y que una formación se desmorona, aparece otra vida que germina, otra actividad que nace, otra formación que se esboza. Cuando un ser llega de modo natural, o de modo violento, a la pérdida de su individualidad, en aquella materia que empieza a descomponerse pugnan por nacer mil vidas distintas.

Igual les pasa a las instituciones que, como los seres vivos, tienen su devenir, su terminación natural o violenta. Cuando se desmoronan, otras instituciones nuevas se edifican y las reemplazan. Les pasa igual a las ideas, también condenadas a gastarse y a ser reemplazadas por otras que se alimentaran de sus restos.

Si el conservadurismo político de nuestros burgueses no fuera una postura cómoda, sería una demostración de su estupidez. La Naturaleza sólo conserva a cambio de transformar. Ese conservadurismo es el de bote estañado y hervido, de las conservas alimenticias, que paraliza la transformación destruyendo la vida y alterando la materia.

Lo que quiera vivir se tiene que transformar; por evolución o por revolución; por gradación insensible o por salto brusco, según sea la violencia del choque entre lo que se resiste a morir y lo que pugna por nacer.

Proceso destructivo

Por esta razón siempre, y al lado de un proceso destructivo, podremos observar un proceso formativo, encargado de reemplazar y sustituir a lo que va a desmoronarse.

Están en proceso destructivo, el capitalismo, el Estado y la organización política de la Economía. Se dan en ellos todas las condiciones naturales que los condena a morir:

1.^a Han encontrado un límite a su desarrollo, un tope a su crecimiento. El capitalismo, en la limitación del consumo, que está en proporción desmesurada con la producción sin límites que permite el maquinismo. El Estado, en las exigencias de libertad de sus ciudadanos, menos propicios al engaño cada vez. La organización económica y capacitación sindical, creciente en todas las profesio-

nes, tiende a rechazar la ingerencia de la política en la ordenación de la Economía.

2.^a Se ahogan en sus propias defensas: El capital, en el maquinismo. El Estado, en sus fuerzas represivas, aumentadas sin cesar. La Economía política, en su burocracia. Se asfixian en sus propios excretas o desechos: el paro forzoso, la delincuencia políticosocial y las clases pasivas.

3.^a Llevan en sí mismas el germen de las nuevas instituciones, que medrarán a su costa. La propiedad común crece a expensas de la propiedad privada. La federación libre de productores se incrementa a costa de las atribuciones del Estado absorbente. La organización sindical de la producción y del consumo se desarrolla a merced de la burocracia parasitaria.

4.^a Sostenidas en la violencia, edificadas en un equilibrio inestable, tienen en pugna instintos e impulsos vitales, que por fuerza tienen que recuperar su estado de equilibrio. Ningún orden puede ser estable y sólido, si no pone de acuerdo el instinto de conservación del individuo con el instinto de conservación de la especie; el interés social, de acuerdo con el particular; y la moral, acorde con la espontaneidad de los impulsos.

Proceso formativo

Una civilización perece, víctima de su propia podredumbre y de la puganza de las fuerzas que pugnan por sustituirla. Para un observador atento, no pueden pasar desapercibidos los síntomas de descomposición de la burguesía, del Estado y de la actual organización política. Poca documentación es menester para notarlo. Bastaría comprobar la tendencia a identificarse entre sí, de las instituciones que se desmoronan, ofreciéndose mutuo apoyo; su precipitada asimilación de los reformismos políticos (socialdemocracia y comunismo, que se conforman con un rótulo constitucional: «República de trabajadores», «Dictadura del proletariado»); y el acogerse desesperadamente a las instituciones de fuerza, perdida ya toda esperanza en el asidero de la razón.

Es lógica, aunque inútil y estéril, su resistencia a los determinismos de la conservación de la materia y de la energía.

Fácil de notar es también el latir poderoso de las nuevas fuerzas: sociabilidad, que llega a todas las profesiones y actividades; predominio en ellas del nexo económico, con tolerancia para las divergencias políticas y religiosas; afirmación del derecho a emanciparse, a ser y a disponer de sí mismos. Hervidero de ideologías, contagiosas y difundidas, inmunizadas contra represiones y violencias gubernamentales. Entusiasmo inquebrantable, temple espartano de los propagadores y apóstoles de la nueva vida. Profusión de literatura, de libros, de folletos, de publicaciones. Capacitación revolucionaria del proletariado, cada día más consciente de sus derechos hollados y de sus posibilidades de vida libre. Lejos de disminuir con las más crueles y rabiosas represiones, las nuevas fuerzas se incrementan a cada golpe, amenazando cada vez más seriamente a las instituciones que se bambolean.

La suerte está echada

Entre un proceso degenerativo y destructivo, y otro de germinación y formación, el resultado no es dudoso. El porvenir nos pertenece. La suerte está echada.

Cuando esta pugna vital acaece en la esfera humana interviene un factor

nuevo, que no existe en el resto de la Naturaleza. Es el que dimana de nuestra actividad mental. De nuestro pensamiento y de nuestra voluntad. En unos, para no resignarse a morir, y para aferrarse a todos los salientes que pueden servirle de asidero en su caída: a la credulidad, la ignorancia, la estulticia y la inconsciencia de los hombres. En los otros, para precipitar la caída y el fracaso, para allanar los obstáculos que se opongan al surgir de las ideas redentoras, para acuciar las rebeldías de los inconformes y para ofrendar la vida en la gesta revolucionaria.

Es la misión aceleradora, del idealista, que precipita con sus impacencias el devenir de los hechos.

Es tal la diferencia de potencial entre las dos fuerzas en pugna; se ha pro-rrogado tanto la transformación de lo que tiene que cambiar, y ha llegado a adquirir tal pujanza la fuerza naciente, que ya no es posible detener la colisión y evitar el choque. Están agotadas todas las posibilidades evolutivas. No son posibles etapas intermedias. El salto tiene que ser grande, el cambio brusco, el choque violento. Los estómagos demandan pan; no admiten más engaños. Los espíritus exigen libertad; no toleran más ficciones. El proletariado no se satisface con mejoras, ni con reformas, ni con seguir comiendo sus propios despojos. Quiere su emancipación integral y se dispone a conquistarla.

Isaac Puente



Cómo resuelve Francia el problema del paro

Por cada 100 francos de contribución, 36 sirven para pagar los gastos de la última guerra, 40 para preparar la próxima y 24 solamente para los otros gastos. De estos últimos 24 francos, 4 solamente van a los gastos dichos sociales.

¿Es el socialismo una utopía?

¿Es posible un plan de acción positiva?

Los revolucionarios son espíritus positivos que pretenden rectificar el orden de las cosas en armonía con las exigencias expresas de las leyes de la vida y el interés de las masas vivas y según la más práctica táctica de guerra. Ahora bien, los burgueses dicen que los revolucionarios son utopistas.

La propaganda conservadora fundamenta esta paradoja de «la utopía revolucionaria» en esta afirmación: «Los revolucionarios sólo tienen capacidad para destruir y no se preocupan de construir.» Y divide en dos partes, puerilmente, la gran idea revolucionaria.

Ciertamente, en nuestros países de dominio burgués y frente a un régimen que se descompone por sí mismo a ritmo acelerado, régimen condenado a la aniquilación por sus profundas contradicciones en un tiempo no lejano, régimen que sólo se impone por la fuerza central y el artificio, la única actitud racional y leal es la de oposición irreductible.

El credo revolucionario es un credo lógico que afirma que el enderezamiento de las relaciones sociales, que toda conciencia lúcida cree necesario, sólo se puede efectuar por la destrucción radical de la usurpación capitalista, de la anarquía imperialista, de la colonización de la clase obrera por la clase burguesa.

Las relaciones entre el capitalismo y el socialismo sólo pueden ser relaciones de guerra en el sentido de que no puede haber en ellas *modus vivendi*, colaboración, es decir, desarme por concesiones recíprocas entre dos fuerzas actantes cuyos principios esenciales son diametralmente antagónicos, una de las cuales quiere conservar el Poder, y la otra, tomarlo; una de las cuales es oficial, y la otra, subversiva; una de las cuales tiene en su mano la mayoría parlamentaria, lo que le permite fabricar legalidad a su gusto y conveniencia. Además, el socialismo ha sido puesto fuera de la ley en todos los países en que ha llegado a ser demasiado amenazador.

Algunos creen que es posible pasar del capitalismo al socialismo, de progreso parcial en progreso parcial y por el camino de la evolución en el cuadro del régimen capitalista y por la acción exclusiva de las instituciones burguesas. Este reformismo es una utopía aspillerada hacia esta parte de la barricada.

Toda inteligencia orgánica, todo plan de trabajo común, entre un movimiento social y político que está al margen del Estado y un sistema de Estado, aprovecha principalmente, si no exclusivamente, a éste. Claro es que esta suspensión de la situación de lucha favorece directamente a los partidos situados en el centro de los negocios y es directamente perjudicial al que pretende desalojarlos de él.

Además, el capitalismo tiene tendencia a tomar por su cuenta las «reformas» que puede consentir y a servirse de ellas para disfrazarse democráticamente y, por último, estabilizarse. En régimen capitalista estas reformas no son más que modificaciones, aparentes o ilusorias o, por lo menos, insignificantes, accidentales y momentáneas, del orden de cosas capitalista.

La burguesía, por poderosa que sea todavía, no tiene la audacia de luchar a pecho descubierto contra la clase obrera tan temiblemente preparada ya. Busca atajos y acepta voluntariamente el reformismo, que le permite disfrazarse y conservar sus privilegios, inmoviliza una parte virulenta de la oposición política, hace ganar tiempo al capital y se lo hace perder al proletariado, y hace entrar en el orden a la gente protestataria. Es una desgracia para el proletariado que los jefes del partido socialdemócrata de todos los países se haya dejado atraer por este espejismo y haya traicionado de este modo a la clase obrera.

Es indudable que nosotros no hemos de borrar de la historia del movimiento social la palabra «evolución». La evolución revolucionaria es una realidad que se ha hecho perceptible en el curso de un siglo. Pero debe presentarse bajo el aspecto de lucha, y no bajo un aspecto de arreglo, de límites mal definidos, y sus conquistas son siempre frágiles en régimen burgués; únicamente la posesión del Poder por el proletariado garantizará cada una de esas conquistas, garantizándolas a todas.

Por ejemplo: la ley de ocho horas, consentida por el consorcio de las potencias después de la guerra (como el *Bill* de las diez horas, de que habla Marx en su *Manifiesto*, que es el acto de nacimiento de la Primera Internacional, fué impuesta al Gobierno inglés a consecuencia de una victoria estratégica de la clase obrera). Conocidas son las ofensivas que se han hecho contra la ley de las ocho horas, algunas de las cuales han logrado triunfar, antes de la creación de la racionalización obrera que, manejada por el capitalismo, le permite conseguir la misma agravación de la explotación de los trabajadores. En algunos países capitalistas se han discutido las ocho horas y hasta el derecho a la huelga, sin contar las medidas de excepción tomadas contra el socialismo, medidas que no caben dentro del antiguo código burgués liberal.

Una vez constatado y establecido esto, la acción de los verdaderos socialistas, intransigentes en cuanto a los principios, no debe ser exclusivamente negativa en los países capitalistas. Deben continuar arrancando o intentando arrancar ciertas realizaciones útiles para ellos, a condición de no pagarlas demasiado caras ni de dejar que en ellas se desnaturalice el sentido, a condición de no dejarse arrastrar por la gravitación capitalista, peligro siempre latente.

Hay «concesiones» que no dará el capitalismo más que cuando le obligue a ello la necesidad o el temor anticipado a la acción temible del proletariado. Son éstas las que realmente perjudican al capitalismo y le hacen marchar por un camino peligroso en donde es difícil que pueda volver sobre sus pasos y comprometen la situación que actualmente se asegura por los medios artificiales de que disponen quienes tienen las riendas del Poder.

Es en este terreno en donde debe combatírsele, por ahora.

Para mejor inteligencia de esta táctica voy a exponer un ejemplo de actualidad inmediata: la intervención soviética en la Conferencia del Desarme. Litvinov, representante del Estado socialista, propone por segunda vez el desarme integral en régimen capitalista.

Es indudable que el capitalismo no llegará nunca al desarme. No lo quiere, porque no puede hacerlo, ya que se fundamenta en la competencia, en el derecho del más fuerte, en la voracidad nacionalista: en la guerra; y porque tiene por almacén concreta las fronteras y las barreras aduaneras que permiten la

intervención del militarismo en las transacciones comerciales y, por objetivo, la conquista por todos los medios de nuevos mercados.

Pero Litvinov ha hecho bien en poner categóricamente al capitalismo frente al problema de la paz, que el hipócrita verbalismo de sus plenipotenciarios no deja de preconizar. Esto le obliga a mostrar, en circunstancias sensacionales, a la faz del mundo sus objetivos imperialistas inconfesables y pone al descubierto la secreta política de devoración de las potencias que sólo se saben poner de acuerdo cuando se trata de detener el empuje obrero o de entorpecer el desarrollo terrible y armónico de la U. R. S. S.

Esta luz hecha en torno de la gran comedia cosmopolita que se representa en Ginebra abre los ojos al proletariado y a ciertos elementos de la burguesía y constituye una manifestación útil e importante de la causa socialista mundial. La acogida que han hecho los representantes de los gobiernos europeos a la proposición soviética demuestra mejor que ningún argumento la incompatibilidad radical del capitalismo con el desarme.

Por otra parte, otras tentativas podrán poner en peligro al capitalismo: la conservación de los altos salarios o su elevación, el control obrero sobre el acaparamiento y las barreras fiscales, el reajuste de las pensiones de los inválidos y de otros al coste de la vida, el impuesto sobre el capital, etc., y todo esto se coordina en un plan de acción inmediata.

Si el capitalismo se ve obligado a aceptar o transigir, pierde más que gana, se perjudica en vez de estabilizarse y hace un primer gesto de abdicación. El socialismo se señala un tanto (sin contar las ventajas inmediatas que consiguen los explotados en el trabajo).

Si se niega a ceder lo que se le exige, las posiciones se marcan con mayor claridad; la burguesía se ve privada por ese gesto de una parte de sus argumentos «democráticos», y el socialismo aparece explícito y realista a todos. De todos modos, se abre una grieta en el bloque enemigo y hay comienzo de un acto revolucionario.

Ese barrido inmediato que efectuaría el socialismo al alinear en la realidad esta primera serie de objetivos de guerra concretos abriría, además, las perspectivas, y aparecería más luminoso el proceso de las cosas futuras. El proletariado organizado debe demostrar que sabe todo lo que quiere.

Los objetivos antedichos constituyen hoy día para el capitalismo intervenciones intolerables, porque son incompatibles con las necesidades que le impone la competencia mundial. El capitalismo se verá obligado a oponerse a ellos. Por otra parte, si la masa quiere lograr sus objetivos tendrá que pasar de la lucha esbozada, bajo el signo de las reformas parciales, a la lucha general contra el capitalismo. Y se dará cuenta por propia experiencia de que la liquidación de la crisis (o de la depresión crónica que ha de seguir a la misma) sólo se puede hacer contra el capitalismo. Y percibirá con mayor claridad la imposibilidad de curar al capitalismo de sus taras y la insuficiencia de la acción reformista.

En fin, el problema ha de plantearse a los socialistas flotantes, que, ante la resistencia del capitalismo, habrán de tomar posiciones y responsabilidades.

Henry Barbusse

La economía mundial

y el problema de la sobrepoblación

Los primeros progresos de la civilización han necesitado evidentemente de las familias numerosas. Las plagas y las epidemias que diezaban la población exigían otra de repuesto. asta el siglo XIX, la población del mundo entero no excedió, sin embargo, de 850 millones. Durante el curso de este siglo la revolución industrial, la apertura de vastos continentes, ampliaron grandemente las posibilidades de la tierra, mientras el desenvolvimiento de la Medicina y su nueva tendencia falsamente humanitaria, salvaron y prolongaron buen número de vidas. Como resultados, la población del mundo se dobló aproximadamente en un solo siglo, por muy asombroso que este hecho resulte. Inmediatamente, a los pocos años de entrar en el siglo XX, sobrevino la guerra mundial. En 1901, un escritor alemán, Herr Arthur Dix, declaró que como Alemania crecía en la proporción de 800.000 habitantes por año, necesitaban tierra y alimento para esta sobrepoblación. Una decena más tarde, Bernhardi anunciaba simplemente: «Las naciones que son fuertes, vigorosas y florecientes, requieren nuevo territorio para acomodar su sobrepoblación. Como casi todo el mundo está habitado, los nuevos terrenos habrán de obtenerse a costa de sus actuales habitantes; esto es, por la conquista que se ha convertido ahora en fatal exigencia de la necesidad.» La frase que había de usar Bethamann Hollweg, cuando intentó justificar la invasión de Alemania en territorio belga, había de tener su aplicación en los orígenes de la Gran Guerra.

Hoy Italia tiene un exceso de 500.000 nacimientos sobre la mortalidad habitual, y de acuerdo con los últimos discursos de Mussolini, tiene más de 400.000 hombres sin trabajo. A pesar de ello, el dictador ha promulgado leyes, imponiendo costosos impuestos a los solteros, recomendando las familias numerosas y prohibiendo terminantemente la información sobre el *birth control*. Mussolini, de acuerdo con el principio de Bernhardi, se verá bien pronto en la necesidad de conquistar nuevo territorio. Y hoy Mussolini no hace un llamamiento a la solidaridad internacional, sino a su creciente enemistad con la promesa reiteradamente anunciada de una nueva guerra.

En el lejano Japón, la población crece en la proporción de 500.000 vidas anualmente, con muy pequeña esperanza de ocupar pacíficamente nuevos territorios, ya que de una parte Austria y de otra los Estados Chinos, ambos países han cerrado sus puertas a esta invasión de la raza amarilla. El problema del Japón es sumamente interesante. En este país se ha constituido una *Birth Control Union*, presidida por la baronesa Ishimoto, y ha nombrado al doctor Majima director de las clínicas de *birth control* que funcionan en este Estado. La Asociación para la protección de la maternidad, primera organización de mujeres que toma parte activa en el movimiento, se ha decidido a iniciar una campaña entre las familias pobres de Honjo, una sección de la factoría de Tokio, para difundir la información de *birth control*. Se discute abiertamente este tema en periódicos y revistas. Recientemente, dos profesores, uno de la Universidad imperial de Tokio y otro de la Universidad de Wasoda, han discutido estos temas ante un público numerosísimo.

El Gobierno se preocupa decididamente de estos problemas. En el primer

mitin de la Comisión para la Investigación de la Alimentación y la Población, en julio de 1927, el discurso del barón Tanaka, entonces primer ministro, comprobó este interés. Se refirió a la población que iba en creciente aumento en el imperio, pero no creía que lo era para lamentarse, pues podía ser símbolo de prosperidad. Le contestó Ichiro Hatoyama, primer secretario del Gabinete, en una reunión de los viceministros, que se celebró en agosto de 1927, en la residencia oficial del primer ministro, Mr. Hatoyama; comenzó declarando anticuada la idea de que el aumento de la población fuese un signo de prosperidad nacional.

La Institución denominada *Home Office* ha propuesto que se dé una legislación que haga obligatorio el *birth control* para aquellas personas que sufran de enfermedades específicas, con el fin de solicitar certificados sanitarios antes del matrimonio. Una comisión ha sido nombrada por el Gobierno bajo la presidencia de Inazo Titobe, distinguido hombre de Estado, con el fin de estudiar el *birth control* como solución posible al problema de la población.

Después de una investigación secreta llevada bajo la dirección del alcalde de Tokio, se ha recomendado que la Oficina Municipal de Cuestiones Sociales dé libre información sobre el *Birth control*, a cualquiera que lo solicite y que tenga tres o cuatro hijos. La información no se da, sin embargo, a las parejas recién libre información sobre el *birth control* a cualquiera que lo solicite y que tenga abierto una clínica privada de *birth control* en Tokio, bajo la dirección del doctor Yutaki Majima, y se ha anunciado que se abrirá una segunda en Osaka. El Estado no ha opuesto la menor resistencia.

China y la India, naciones en donde la civilización occidental, introduciendo la higiene y condenando al infanticidio, han agravado el problema de su subsistencia, presentan un cuadro aterrador y lamentable. China y Japón guerrear hoy como medio de dar salida a este exceso de población. India, en la campaña de desobediencia pasiva, deja morir a centenares de sus ciudadanos. Y es que en el subconsciente de las razas y los pueblos, dondequiera que éstos aparecen excesivamente poblados, se produce una guerra o una catástrofe de tipo político que amengüe y disminuya el probable mal. Cuando los ciudadanos, por su escasez, son útiles, no se mira con indiferencia el asesinato colectivo de masas que el Gobierno inglés realiza en la India. Cuando la vida de un hombre, por lo preciosa, tiene valor, la guerra no sobreviene. Cuando se sabe que tras una vida que caiga hay otras diez del mismo valor, la Humanidad se destroza a sí misma como la forma bárbara, pero indiscutiblemente más cómoda que encuentra de resolver el problema de su subsistencia.

La posesión de colonias en los países actuales no presta solución a este problema. La Gran Bretaña se encuentra hoy con la necesidad de dar trabajo a un millón de obreros sin trabajo y que se niegan a emigrar, ya que por otra parte no serían recibidos entusiastamente en las colonias británicas, donde se observa el mismo exceso de población.

Francia es aparentemente la nación que no tiene problema de exceso de población. Esto es debido en gran parte a que durante el siglo XIX, cuando la gente de otro país se multiplicaba rápidamente, Francia practicaba en gran extensión el *birth control*, con lo que su natalidad descendía progresivamente. Sin embargo, hoy, a pesar de la creencia adversa, su proporción de natalidad es de 18'8 %, en 1926, un poco más elevada que la inglesa, que fué en este año de 17'8 %, y sólo un poco inferior a la alemana de 19'5, en el mismo intervalo. Sin embargo, en Francia, su mortalidad es muy elevada por deficiencia sanitaria, por lo que el margen de aumento de la población fué tan sólo el año citado de 1'3 por 1.000, y comparándolo con la cifra de 6'1, en Inglaterra y Gales, y de

7'8, en Alemania, se percibirá el porqué de la diferencia. Francia, alarmada, ha intentado ahora prohibir la venta de los preservativos que impidan la procreación, ley que no ha dado otro resultado que aumentar el número de abortos. Hubiera sido más útil para Francia reducir su elevada mortalidad, mejorando las condiciones de salubridad pública. Ello no le ha impedido tener un crecido número de obreros sin trabajo. En la Cámara de los diputados ha dado cuenta el ministro de Trabajo de que actualmente hay en Francia 104.280 obreros en paro forzoso y sin ocupación alguna. Los parcialmente empleados llegan a 1.370.000. De los primeros, el 60 % residen en París. Además, no refleja la cifra el total de los obreros sin trabajo, porque excluye a los marineros y los trabajadores de los muelles que reciben auxilio de sus propios gremios y no han elevado a las autoridades nota de sus desocupados. En París se proporciona carne, vegetales y frutas gratis, en los mercados centrales, a los obreros sin ocupación que acuden a solicitar ese auxilio después de rigurosa inspección. Las leyes recientemente promulgadas por todos los países, excluyendo a los extranjeros, complican la situación antaño parcialmente resuelta con la emigración.

Hay también países en que la práctica del *birth control* no basta porque no se impone como medida restrictiva para disminuir la natalidad. Tal el caso de Holanda. En un país como este donde la información anticoncepcional ha sido libremente proporcionada durante los últimos cincuenta años, no sólo por médicos, sino por comadronas y enfermeras adiestradas por la *Neo-Maltusian Band*, éstas parecen aún deseosas de tener hijos, más deseosas que las mujeres de otros países, más ignorantes, y la natalidad holandesa es un poco más elevada que la de otros países. Su mortalidad es muy pequeña, por lo que el margen de vitalidad que se traduce en aumento de la población es sin disputa mayor. En 1926, el año estudiado en este artículo, la proporción de aumento fué de 14'2 por 1.000. (Compárese con las cifras francesas, inglesas y alemanas antes registradas.)

El mundo está en un equilibrio inestable. Y los dos países de quienes depende la crisis son, de un lado, Alemania, y del opuesto, los Estados Unidos. Por lo que a Alemania respecta, ningún país se halla dentro de la actual depresión económica del mundo en situación más agobiante.

Puede resumirse la situación haciendo ver que toda la deuda española asciende a 22.000 millones de pesetas, y el gran déficit de los Estados Unidos supone el doble de dicha deuda, ya que equivale a 53.304 millones de pesetas.

Al mismo tiempo que el Mensaje del Presidente Hoover se ha hecho público que desde septiembre de 1929, en que se produjo el gran pánico en la Bolsa de New York, ha bajado el valor de todas las emisiones de acciones y obligaciones que se cotizan en dicha Bolsa en más de 31.000 millones de dólares. Entonces importaban 89.668 millones, hoy sólo valen 58.563 millones de dólares.

En cuanto a las nuevas contribuciones, como una medida complementaria del importantísimo Mensaje del Presidente Hoover, el secretario del Tesoro Mr. Andrew Mellon, ha presentado al Congreso un plan de nuevos impuestos, por el que quedan sujetos a la contribución directa del *income tax* todos los residentes en la nación, incluidos desde luego los extranjeros, que ganen un sueldo mayor de veinticinco dólares por semana. Además, se crean nuevos impuestos sobre telefonemas, llamadas telefónicas, telegramas, cablegramas, radiogramas, gramófonos, aparatos de radio, coches, camiones, automóviles, cigarrillos y tabacos, joyas, cheques, letras de giro, espectáculos, traspaso de inmuebles y depósitos de capitales. Wall Street ha recibido con una baja de dos a cuatro puntos en todos los valores estos proyectos del secretario Mellon. Un hecho expresivo es el siguiente: Mientras se leía en el Congreso el Mensaje de Hoover, marchó

hacia las alturas del Capitolio de Washington, una manifestación de 15.000 obreros hambrientos, que no tienen trabajo desde hace meses. Cantaban la Internacional y gritaban: «Queremos comer». La policía, destacada a centenares, armada de revólveres, ametralladoras y bombas, de gases lacrimógenos, logró disolver a los manifestantes, pero éstos se rehacen un día y otro y siguen planteando el problema, cuyos primeros resultados empezamos a conocer en España de los obreros sin trabajo. En un país de tipo genuinamente capitalista, sin la menor intervención societaria, no cabe el temor de que sea un acto de boicot a un régimen, tal como los capitalistas españoles han realizado con la República. Trátase simplemente de que la standardización lanza fuera de mercado hombres que, reproduciéndose a su vez, crean un sobrante de población que tan sólo una guerra puede volver a su justo cauce. Detrás de cada proletario despedido hay cinco, seis o siete dispuestos a ocupar su puesto aun en peores condiciones que las por él disfrutadas. Y si tenemos en cuenta un hecho, que aun cuando tras este equilibrio insostenible y al que hoy las naciones hacen frente con una eficaz campaña pro limitaciones en los nacimientos, viniera un estado de equilibrio en una etapa revolucionaria, las investigaciones de M. Zolla, encargado por la Universidad francesa de analizar la productividad de la tierra en relación con la población, han confirmado que «toda la tierra puesta en explotación no bastaría para alimentar a más de las dos terceras partes de la población humana». La ley de la población de Malthus no ha fracasado. Durante el curso del siglo XIX, el movimiento de población de los Estados Unidos ha sido con pequeñas diferencias el por él previsto. La población de la Confederación norteamericana era, en 1800, de veinte millones. Duplicando esta cifra cuatro veces, que es lo que corresponde a cuatro períodos de veinticinco años, o sea cien años, se tendría para el año 1900 la cifra de ochenta millones. Ahora bien, la población no ha llegado a alcanzar esta cifra hasta 1905, y ello teniendo en cuenta que siempre es muy superior la población a la que se indica en padrones o registros. El error de Malthus ha sido de centésimas o aun de milésimas, y su famosa ley de la población sigue en pie. El desarrollo económico de este siglo lo ha justificado plenamente. El anuncio de una nueva guerra, que antaño causaba horror, empieza hoy a imponerse en las conciencias de los pueblos. Un libro alemán de Ludwig Bauer: *Morgen Wieder Krieg* (La guerra para mañana) sacude como una ducha de hielo a todo pacifista. No sabemos lo que el futuro nos reserva en Europa. Es probable que las naciones sobrepasen sus límites, es posible que la mujer, al emanciparse económicamente, se dé cuenta a su vez de la necesidad de su emancipación fisiológica, creando la maternidad voluntaria. Lo único indiscutible es, como dice el doctor Robert R. Kuczy, en su estudio recientemente publicado: *The Balance of Birth and Deaths in Western and Northern Europe*, que «una gran parte de Europa, como buena parte de Asia, tienen un exceso de población, y que el *birth control*, esto es, la limitación de los nacimientos, es la única solución práctica en perspectiva, lo mismo en un estado de tipo capitalista que en un estado de creación revolucionaria». El malthusianismo no es derrotado siquiera por la revolución social triunfante. Es el más eficaz cooperator de ella. El proletario miserable o hambriento, o reacciona con violencia exenta de posterior ímpetu constructivo, o se humilla ante la presión burguesa. No está en condiciones de cumplir la finalidad que con esta nueva Revista ORTO se pretende «hacer que construya una nueva economía con que sustituir a la antigua, ofrecer cauces nuevos a los problemas inmanentes y fatales del Estado». La miseria y el hambre han estado siempre reñidos con la ciencia.

Hildegart

El oro en el banquillo de los acusados

LA mayor parte de los sistemas monetarios del mundo se han estremecido. En Inglaterra y en los países escandinavos es el abandono —sin duda provisional— del patrón oro el recurso a una circulación fiduciaria inestable y que puede traer grandes consecuencias. En Asia es la huida ante el dinero-metal cuya depreciación parece hundir para siempre toda posibilidad de emplearlo de nuevo como patrón monetario. Al mismo tiempo se nota cierta inquietud respecto de una próxima penuria de metal amarillo y algunos economistas se calientan la cabeza para ver de encontrar soluciones que permitan o estabilizarlo o bien destituirlo de su función de moneda universal. Otros, clamando contra la «mala distribución» del oro, prodigan sus consejos a los gobiernos para corregir este defectuoso reparto. Y, finalmente, los expertos de Francia, Inglaterra, China y Japón estudian el problema internacional del dinero-metal.

En medio de esta indecible confusión, en donde las proposiciones ingeniosas, pero desgraciadamente utópicas, forman pareja con algunos programas perfectamente estúpidos, no es inútil precisar la esencia y la función de la moneda y de los metales preciosos en la economía capitalista.

Es evidente que sólo la sociedad que practica el cambio experimenta la necesidad de medios de cambio, es decir, de moneda. En la civilización de los Incas no había moneda, y el oro y la plata no se apreciaban más que para la decoración de los templos, etc.; no se trabajaba para procurarse estos metales, comparativamente inútiles, más que durante los ocios.

En el Egipto antiguo, los cambios estaban poco desarrollados. Se cambiaban los metales en lingotes y se les pesaba a cada transacción. La masa del pueblo, que se encontraba en aquella época antigua en una posición dependiente, no parece haya conocido mucho la moneda; sólo conocía el trueque. El comercio del mundo antiguo hasta el séptimo o hasta el sexto siglo antes de J. C., reposaba casi por completo en el trueque. Apenas si se conocía algo —o nada— el crédito y la moneda acuñada.

Más conviene subrayar que los metales en general, y los metales preciosos en particular, no se imponen, sino relativamente tarde, como instrumentos de cambio. Esta función viene primeramente en los estadios de civilización todavía muy atrasada, sea constituyendo los objetos de lujo, como elemento principal de la riqueza de una tribu, sea como artículos de cambio más importantes entre tribus: ganado, trigo, pieles, etc. «Muchas veces —escribe Marx en *El Capital*— los hombres han hecho de su semejante, en forma de esclavo, la forma primitiva del dinero.»

Los nombres de ciertas monedas recuerdan todavía hoy la época en que el ganado reemplazaba la función del dinero. En la antigua Grecia existían piezas de moneda llamadas «toros», y llevaban la efigie de un toro. La rupia india traiciona, por la etimología de su nombre, su origen bovino. La palabra latina para nombrar el dinero, *pecunia*, viene de *pecus*: ganado. Y la mayor parte de nuestros contemporáneos que hablan de sus «dificultades pecuniarias» (la palabra es de uso corriente en casi todas las lenguas europeas) no se imaginan que esta locución quiere decir que están cortos... de ganado.

... Sin embargo, a medida que los cambios se desarrollan y generalizan, eran

necesarios otros instrumentos más manejables y divisibles. Un establo no es un portamonedas cómodo. Y entonces se generalizó el empleo de los metales preciosos como medidas de valores, como tipos de precio y como medios de circulación, de pago y de aliceramiento. Pero el oro y la plata, de la misma manera que antes el ganado, no pudieron llegar a su función monetaria más que porque eran mercancías igualmente que las mercancías contra las cuales se cambiaban. Su empleo como moneda presupone que tenga su valor; no podrían ser los equivalentes de nada si no lo tuvieran. Y son el oro y la plata valor porque encierran una cierta cantidad de trabajo humano.

El desarrollo ulterior de la sociedad ha podido oscurecer esta característica fundamental de la moneda: el carácter oficial de las piezas dado por la autoridad de los soberanos y de los Estados, la emisión de billetes de Banco y el formidable desarrollo del crédito, implicando la creación de toda una superestructura de medios de circulación suplementarios, han hecho aparecer la moneda como una simple convención y les han sugerido la ilusión que cualquier trozo de papel, debidamente legalizado y autorizado, es moneda por sí mismo.

Todo este andamiaje no ha cambiado nada la esencia de la moneda. Los papeles que reemplazan los metales preciosos bajo diversos títulos no circulan libremente, y no son aceptados por todo el mundo más que a condición de que puedan ser convertidos en plata o en oro en cualquier momento. No son moneda por ellos mismos. No pueden funcionar como moneda más que en el caso de que representen otra cosa que no sea el valor insignificante del papel y los gastos de su impresión; el metal precioso por sí mismo tiene valor porque contiene trabajo humano infinitamente condensado y concentrado. Desde que se le corta el lazo que une el papel al metal, el papel se hunde. Todas las experiencias lo han demostrado, incluso la última, la de la libra esterlina.

Durante mucho tiempo el oro y la plata han llenado simultánea y conjuntamente la función de moneda. La relación entre sus valores respectivos han quedado casi inmutables a través de los siglos. En el Asia antigua, en el siglo VIII antes de J. C., la relación era de 13'33 a 1; dicho de otra manera: era necesario dar 13'33 unidades de peso de plata por una unidad de oro. En Grecia, alrededor del año 400 antes de J. C. la proporción era de 12 a 1; en Roma, en los primeros siglos después de J. C., de 11 a 1; en Europa, del siglo XIII al XV, de 11 ó 12 a 1. Desde el siglo XVII hasta la mitad del XIX, la plata sufre una depreciación muy lenta, pero continua: la relación pasa de 12'25-14, entre 1600 y 1640, a 15'40-15'55, entre 1860 y 1870. La Unión latina, fundada sobre los dos metales, fijó la proporción en 15 1/2.

A partir de 1870 la depreciación de la plata se aceleró. En vísperas de la guerra, la relación entre el oro y la plata era de 36 a 1. Esta depreciación era debida al hecho de que el tiempo de trabajo necesario a la producción de una cantidad dada de plata disminuía más aprisa que el tiempo de trabajo necesario para producir una cantidad igual de oro. Durante la guerra y al día siguiente de la guerra, la plata recobró el valor que había perdido durante un siglo, pero no fué más que un impulso de corta duración. Desde 1921, la baja de la plata vuelve a comenzar; en 1926, la relación entre el oro y la plata era poco más o menos lo que había sido en la víspera de la guerra.

La baja del dinero-metal ha traído un serio golpe al bimetallismo. En los países capitalistas el bimetallismo cedió el sitio al monometallismo oro, y la plata fué reducida al papel de moneda fraccionaria, de pago, como el cobre y el níquel.

(Continuará.)

A. Minard

América y Europa

El cinema es en la actualidad, por la profunda fascinación que ejerce sobre las masas, uno de los factores más altamente determinantes del estado ético y cultural de las mismas.

Cada día, en todos los países del mundo, millares de hombres, de mujeres y de niños, van a sentarse ante la pantalla. Asisten al dinámico juego de unas imágenes luminosas que les hacen reflexionar. Al salir de allí, sus cabezas bullen en un tropel de ideas sobre la vida, sobre la moral, sobre el amor. Inconscientemente, yendo al cinema van a la escuela.

Más que por el sentido ético y moral que sus producciones puedan contener, el dominio que el cinema impone sobre las masas, se origina directamente de su carácter mágico como *procedimiento expresivo*. Cualquier arbitrariedad que contenga la imagen movible, se presenta con tal intuición de realidad, de verosimilitud, con una tan fuerte coherencia con el medio natural en que se la ambienta, que acaba por triunfar su forma, su *radiante intuición*, sobre el sentido ideológico de su contenido.

El cinema, sin contacto íntimo alguno con Europa, plasmó su propio perfil conforme a las condiciones ambientales del otro lado del Atlántico.

El noventa por cien de la actual producción cinematográfica es de un sentido y significación netamente norteamericanos, y, en consecuencia a esto, asistimos al hecho evidente de la enorme y progresiva *norteamericanización* de las masas de todo el mundo.

● ●

Pero, reflexionando ante la trascendencia humana de este hecho superlativo, surge ante nosotros la cuestión capital de su significado: ¿Qué género de *films* son los norteamericanos? ¿Cuál es el sentido de la vida, de la moral y del amor que sus imágenes vierten consuetudinariamente en la conciencia de las masas?

Ante todo, consideremos que la esencia de la ideología yanqui está genuinamente identificada a un sentido puramente irracional que se manifiesta en una *voluntad de poderío* que pretende esquematizar y mecanizar el mundo entero, repeliendo cada vez más la vida.

Para el yanqui, esta sistematización en serie es la finalidad de toda su vida. El ha aprendido de sus máquinas, que simbolizan la encarnación de su voluntad, el gran beneficio que le aporta la standardización de sus actividades. A este respecto, su sentido de humanidad está en íntima relación con sus beneficios monetarios.

Este sentido práctico y deshumanizado de la standardización industrial, asumiendo la suprema jerarquía en el cosmos yanqui, se erige en determinante de todas las esferas de la vida.

Mediante este mecanismo, el yanqui intenta sojuzgar, en un sentido de unificación superficial, todo el contenido de su mundo, no admitiendo más valor, material o espiritual, que aquel que más o menos directamente se relacione con su actividad de enriquecerse.



A M É R I C A

La cámara cinematográfica corre, vana y superficialmente, sobre la realidad de la Vida: riqueza, lujo, estilizados perfiles bajo la falsedad de galantes modales y cuellos almidonados; apoios amanerados en eterno *flirt* con las venus artificiales y standardizadas; estudiada semidesnudez en lasciva *pose* por las playas de moda, insensible a la eurtmia de la Naturaleza, con el exclusivo objeto de un sexualismo francamente exhibicionista y especulativo... Falso cinema el que falsea la Vida y desnaturaliza el Amor.

CINEMA
Ayuntamiento



E U R O P A

Reverso de la medalla. El lujo, la opulencia y la galantería compartiendo su realidad con el hambre, el vicio, la ignorancia y el crimen: la Vida, en su más cruda realidad; o bien con la profunda humanización con que quisiéramos sentirla: la Masa, el Trabajo, como únicos posibles sentidos a una religión nueva, y la Camaradería, el Amor, la inmersión ilimitada en la Naturaleza, como metas últimas a todo humano afán... Profundo sentido de humanidad: esto es auténtico CINEMA.



El DOLAR es la meta ideal hacia la que dirige todo su impulso de justicia, de moral y de amor. La deslumbradora calidad de su dinero viene a ser el prototipo de toda su depuración cualitativa: *sus dólares son brillantes y deslumbradores, y, en consecuencia, su auto, su casa, su mujer y su hija, han de tener esta calidad industrial de brillante relumbrón como sentido supremo.*

El cine norteamericano, esencialmente, no es más que la realización ideal de este falso sentido de la vida.

Toda la anécdota, todo el verbalismo, toda la acción dinámica del cine norteamericano, no son más que la enseñanza del procedimiento adecuado para llegar a conseguir esta standardización ideal de la vida, símbolo paradójico del poderío individualista yanqui.

Observamos que siempre hay una finalidad en el *film* norteamericano que permanece fuera de lo accidental de su desarrollo. El amor, la justicia y la misma vida son buenos. Tanto más buenos en la medida con que a su pretexto se alcance ese poderío material.

El sentido puro y humano del amor, de la justicia y de la moral, es algo absurdo e inconsecuente para la concepción yanqui.

En la clásica escena del beso despampanante y estereotipado, la linda empleada de almacén no puede reprimir en sus ojos la fascinación con que los millones de su apuesto adorador la embargan. En sus ojos brillan los palacios, las joyas, los vestidos, en fin, las posibilidades todas con que contará para sobreponerse a sus compañeras de clase. Aquí la expresión anímica no sirve para unir humana y desinteresadamente a dos seres. En cada uno de ellos, más bien es lo subconsciente de su propia egolatría.

...Y todas las tardes, en medio de una desoladora inconsciencia, el buen burgués, la ingenua niña, el muchacho vulgar de todo el mundo, sentados ante la pantalla, ven realizado como propiamente suyo, el dulce sueño yanqui de la muerte de la vida.

Evidentemente, ha sufrido el mundo una tal conmoción e inconsecuencia en la línea ideal de su conducta, que todas sus células vivas transpiran la necesidad inmediata de una actitud definitiva y consciente frente a este caótico contingente elemental.

Hasta que Marx dotó de un sentido racional a la actividad reconstructora de la Humanidad, todos los dedos señalaban al *puro impulso irracional* como nuevo sentido mesiánico del mundo. En consecuencia a esto, frente a la multi-para Europa se alzó el gesto juvenil de América como encarnador de este nuevo valor de redención.

Pero hoy, el puro impulso irracional ha cumplido ya su parte activa en la misión reconstructora de nuestra época: ha derribado. Con esto ha consumado su propia razón de ser. Junto a sus expirantes restos encontramos el ingente caos del mundo destruido. Orgánicamente ya nada queda en pie. Todo está destrozado, viviendo febrilmente el morbo de su propia descomposición.

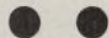
El maquinismo, racionalización industrial y régimen financiero americanos, conjuntamente con el romanticismo y anarquía europeos, han actuado, con una inconsciencia acaso consecuente a su irracionalidad, de poderosos arietes destructores del régimen tradicional del mundo.

Hasta aquí la eficiencia del puro impulso irracional. Hasta aquí la propia misión de América.

Ahora ha llegado el momento de construir. Sobre el amorfo caos hay que proyectar una nueva estructuración orgánica.

Ha llegado el momento de la razón. De la razón apoyada en un profundo sentido de humanidad.

Una vez más, la racional y vieja Europa, imponiendo reflexión a la estri-dente algarabía de ciegos impulsos, va a hacerse cargo del mundo.



Intacta en su luminosa virginidad, mil veces incomprendida e insatisfecha, la imagen movable llega a Europa huyendo de la musculada esterilidad de sus machos.

Con su complexión mecánica en perfecta adecuación para la maternidad, su ubicua presencia en los más ocultos lugares es como su odisea por encontrar un HOMBRE. Un hombre que la fecunde de un profundo sentido humano. Que la dote de una *razón* de existencia.

Europa se ha dado exacta cuenta de la propiedad dinámica de expansión que, por encima de todo interés especulativo o nacionalista, lleva inherente la imagen luminosa. Y ha sido consecuente frente a ella. Había que sacarla del marasmo de su fría mecanicidad. Había que humanizar su impulso, erigiendo ante ella una finalidad racional que la incitase a una continua y congruente superación vital.

Pabst, Bañuel, René Clair, Eisenstein, Pudovkin, son los hombres que han operado esta *humanización* de la imagen luminosa. Merced al sentido ético, estético y moral con que estos hombres la han fecundado, la imagen luminosa es y será quizás el medio más eficiente a la realización de ese ideal de comprensión, de paz y de unificación entre todos los hombres de la Tierra.

He aquí el nuevo impulso racional y humano con que Europa se apresta a replasmar el hondo surco que el cinema norteamericano dejó marcado en el espíritu de las gentes.

José Renau

Estadística oficial de parados

He aquí la más reciente estadística oficial (es decir, infinitamente inferior a la realidad) de los obreros en paro forzoso a través de la economía capitalista:

Estados Unidos	6.200.000
Alemania	4.840.000
Gran Bretaña	2.648.000
Italia	799.000
Francia	600.000
Japón	399.000
Canadá	379.721
Austria	250.955
Po'onia	256.895
Checoslovaquia	253.000
España	500.000



Crisis y abandono

CON la dinastía borbónica perdimos el amor fraternal de los ciudadanos de América y Oceanía, que es lo único que quedaba en pie, a últimos del siglo pasado, para salvar la Economía española. Hay que llamar las cosas por su nombre: los gobernantes de España arrastraban esa miseria moral porque no podían o no querían sustraerse a la voluntad de los monarcas. La pérdida total de las colonias es un síntoma. No pretendo que aquéllas estuviesen bajo nuestro yugo, pero España necesitaba que América fuese la continuación espiritual de nuestro territorio para consolidar las riquezas logradas durante nuestra dominación. Hoy las antiguas colonias son una afrenta para nuestro país.

Ante ese ejemplo, los gobernantes de la República no deben seguir el mismo camino. Han de tener presente que la única forma de normalizar la vida económica de España es recordar que tenemos un protectorado en Marruecos, territorios en Río de Oro y Guinea y unas islas que ni son provincia ni son colonia y, sin embargo, son un trozo latente de la Patria. España necesita para prosperar, además de las grandes reformas interiores en transportes, obras públicas, cultura, etc., tener contingentes de ciudadanos en las colonias que consuman y hagan consumir cuanto produzcamos y que manden a la metrópoli todos aquellos productos que tenemos que pagar a precios más elevados por venir de países en donde la mercancía está controlada por el dólar o la libra esterlina. Por ejemplo, España necesita algodón para su industria textil, y tenemos que comprarlo a Inglaterra o Norteamérica. El café y el azúcar, lo compramos a nuestros indiscutibles hermanos de América, y el miserable dólar se aprovecha del beneficio. Importamos metales, y las entrañas de nuestra tierra están esperando el momento en que las descongestionemos. Mandamos brazos a la emigración, y nuestros campos no están cultivados como debieran, y nuestras industrias necesitan los brazos y los campos.

Escribir sobre Economía y hablar de la Luna, como hacen la mayor parte de economistas, es cosa fácil e incoherente. Lo práctico es buscar el origen en sus propias raíces, y las únicas raíces son las que expongo en este artículo.

Primer problema: Expansión exterior

La conquista espiritual de América nos interesa, en este momento, más que la económica, y es preciso que llevemos nuestros ideales a aquellas tierras hasta que reconozcan nuestra superioridad intelectual. Luego, y como consecuencia inmediata, podremos ir obteniendo mercados para nuestra producción, pero mientras llega esto sólo nos queda un camino, y es el que no han sabido o no han querido ver los gobernantes; esto es, movilizar, primeramente, los buques que permanecen inmóviles desde hace años, en diversos puertos de España, y dar trabajo a los pilotos que jamás han embarcado y a los marinos que sufren privaciones en las costas españolas. Crear servicios regulares y constantes a nuestras colonias y protectorados y, sobre todo, con Canarias, que no es justo lo que hacemos con estas islas, e incrementar la producción de productos tropicales, sin olvidar las primeras materias. Esto es obra de Gobierno y no se puede confiar a

la iniciativa privada; ésta, en todo caso, debe obedecer a aquélla. Toda la producción sobrante de las islas Canarias debe ser distribuída en los territorios españoles. Tengamos en cuenta que las Canarias son un emporio de riqueza, tanto para los naturales como para la nación, y esto hace tiempo que lo ve Inglaterra, que no desperdicia momento para añadir un nuevo florón a su corona. El espíritu colonista español existe, pero ya no con fines imperialistas, pues tiene la experiencia de América, mas no está encauzado y hace falta orientarlo para lograr las máximas ventajas para España. No debemos volver las espaldas a la realidad; nuestro país puede prosperar por sus propios medios, pero necesita expansión, y esta expansión debe desarrollarse tal como decimos. No olvidemos que Inglaterra es pobre y la enriquece su expansión, principalmente en las colonias.

Segundo problema: Producción

Mienten una y mil veces a sabiendas quienes afirman que España es un país que no tiene suficiente capacidad productora; sin embargo, podemos afirmar que estamos por encima de muchas naciones. Una cosa es producir y otra tener capacidad para producir; por consiguiente, si hoy no hemos logrado el máximo de producción, tenemos reservas para lograrlo. Pero, ¿cómo vamos a producir si llevamos un atraso considerable en la organización de nuestra Economía, por las causas expuestas!

¿Qué necesita un país para ser productor? Ganadería, agricultura, minería y primeras materias para ser industrializadas. España no está huérfana de estos elementos. Cuenta con más de treinta millones de cabezas de ganado, distribuídos en varias clases, entre los que se distinguen el vacuno y lanar, cuyas carnes y pieles son primera materia para la importante industria de curtidos y calzado española. Produce minerales por valor de 1.400 millones de pesetas, cuando en 1907 sólo producía 500 millones; producimos carbón, plomo, plata, cobre, acero, y la metalurgia española trabaja con estos productos, salvo rara excepción. En agricultura producimos los más estimados cereales y fibras vegetales, como el cáñamo, esparto, etc., para ser industrializado. Empezamos a producir algodón para recordar que fuimos la primera nación productora hace cuatro siglos. Somos el primer país productor de aceite y vino. ¿Puede alegarse algo en contra de nuestra capacidad productora?

Tercer problema: Industria

En este capítulo no vamos a ser extensos. Queremos demostrar que si un país tiene expansión exterior y producción, puede aspirar a ser un país industrial de primer orden, y ello se consigue poniendo en actividad todas las riquezas del suelo y subsuelo y aprovechando todos los resortes, como son el transporte por mar y tierra, las tarifas aduaneras y obtener los mercados más propicios a nuestras costumbres. La única industria que no se ha desarrollado en España en forma amplia y desenvuelta ha sido la de construcción de maquinaria; excluyendo ésta, no hay industria mundial que no esté representada en España, en pequeña o grande escala. Empezando por la típica industria de conservas, pasando por la clásica textil, curtidos y calzado, a la moderna del automóvil, en la que podemos afirmar nuestra superioridad técnica. Sólo nos falta avanzar en cantidad y consumo.

El último problema no quiere decir que sea el cuarto en relación al orden seguido en este trabajo; al contrario, es el primero, pero no puede tratarse dignamente éste que no se tengan en cuenta los demás. Aún faltaban en este trabajo algunos problemas, como el de finanzas, presupuestos, comercio y consumo, que dejaremos para otro artículo. Decíamos, pues, que este último problema es el primero, y, en efecto, es así, pues la falta de trabajo es la única preocupación nacional y es la que más pronta solución necesita. Tantos pareceres y opiniones se han dado en el transcurso de esta crisis que no sé si acertaré a dar la mía, pero, sea como fuere, he de añadir, en contra de todas las opiniones, que la crisis de trabajo actual no se ha producido con la República, pero sí, en cambio, *por la República*. ¿Quiere decir esto que antes de la implantación del nuevo régimen no había crisis? Y, por cierto, más intensa y más trágica, puesto que la mordaza dictatorial hacía callar a Prensa y a hombres, y principalmente a los que no tenían trabajo. Se les obligaba a permanecer en casa con la amenaza del fusil y los hicieron salir a los tres meses de República, confundidos entre asesinos, para hacer patente la crisis de trabajo. Ahora ocurre lo contrario: el gobernante quiere que se sepa la cifra completa de obreros que no tengan trabajo, para buscar una solución, y, claro está, la crisis aparece más viva, más profunda que antes.

Pero hay que saber que cuando España se regía por un rey y por una Constitución, aun cuando lo que valía era esto último, y hasta el año 1922, no había ninguna crisis ni de producción, ni de consumo, ni de trabajo. Mientras que en esta fecha había en Inglaterra tres millones de obreros parados; cerca de dos millones, en Francia; cuatro millones, en Norteamérica, etc. Las industrias de estos países producían más de lo que se podía consumir y no había trabajo para nadie. Como consecuencia natural, vino la quiebra de Bancos y, lo mismo en Francia que en Inglaterra y Norteamérica, se venía abajo toda la Economía. ¿Ha ocurrido esto en España? No. La Banca continúa fortalecida y continúa fortalecida la industria. Lo que no queda fortalecida es la conciencia burguesa, que con las leyes de la República teme que se desmorone el castillo de negras pasiones que se había forjado su pobre mente.

Luego vino la Dictadura a deshacer la pobre, pero honesta, Economía española. Emisión de Deuda, impuestos, favores, prebendas, creación simulada de obras hidráulicas, de industrias, aunque algunas veces se hicieron para favorecer a los serviles, nivelación ficticia de presupuestos y comercio exterior y la vergonzosa retribución al extranjero para salvar nuestra moneda. Esto produjo la primera parte de la crisis actual.

Y la segunda parte de la crisis ha sido debida *por la República*, como hemos dicho anteriormente. Es decir, ha ocurrido lo contrario de lo que debiera: en lugar de tener confianza en un régimen que vino a estimular el progreso del país, los más ladinos exportaron sus capitales al extranjero y paralizaron sus industrias; otros se limitan a boicotear a la República, despidiendo poco a poco a sus obreros, y otros que no compran esperando el momento en que haya tranquilidad, por lo que resulta que la Economía española no se ha hundido como se pretendía, sino que ha hecho un alto para continuar luego más próspera.

Ahora bien; esta crisis no hay que esperar que se resuelva por sí sola; es preciso que el Gobierno aproveche el momento para crear una nueva economía, que debe consistir en poner en movimiento todas las riquezas abandonadas y que hemos mencionado. La ley Agraria, sea como sea, es indispensable que se aplique cuanto antes, pues el progreso de España está pendiente de su agricultura. Hay

que crear canales de riego aprovechando los caudalosos ríos que van a entregar su agua al mar; hay que construir pantanos, ferrocarriles, y propulsar la navegación por los ríos. Esta obra movilizaría a todos los obreros sin trabajo y el fruto de la misma sería más que suficiente para volver a la normalidad económica. ¿Que el Gobierno no cuenta con efectivos para realizar esta obra? No es un argumento. Dinero hay en España de sobra para realizar esta obra. Ni debe realizarla el Estado por su cuenta ni debe entregarse a un particular cualquiera. Podrían crearse Comunidades, por zonas, que se encargasen de llevar a cabo esta obra bajo la garantía y protección del Estado y con el dinero de las comarcas favorecidas por el plan respectivo. Hay que tener en cuenta que, además de la crisis, hay miseria en los campos, miseria que es por falta de agua, por falta de elementos modernos, para que una hectárea de terreno produzca tres veces más de lo que produce actualmente.

Ni las ciudades, ni las industrias, ni los negocios necesitan hoy de urgente atención del Gobierno. El campo, sí, porque es la vida misma de España. Hagamos el campo agradable para el campesino y veremos cómo las ciudades se descongestionan porque en ellas hay muchos campesinos que han ido a quitar el pan que ganaban otros porque a ellos se lo quitaba el abandono de los gobiernos. Resuélvase la cuestión del campo y veremos cómo renace la tranquilidad y aumenta el trabajo en todo el país.

J. Millet Simón

El comercio en la Gran Bretaña

He aquí la baja desastrosa del comercio exterior en 1931, según el Board of Trade:

(En millones de libras)

1930	
Importaciones	1.044
Exportaciones	571
Reexportaciones	87

1931	
Importaciones	862
Exportaciones	389
Reexportaciones	64

BAJA	
Importaciones	17 %
Exportaciones	32 %
Reexportaciones	26 %



Dibujo de Kollwitz

Determinismo tecnológico

EN nuestro concepto, al establecer Marx la interpretación económica de la Historia, solamente tiene parte de razón, ya que, efectivamente, el hecho económico es el factor determinante, pero tal hecho económico es determinado a su vez por la técnica, que es quien, en definitiva, marca las pautas a la vida de la civilización.

El hombre, como todos los seres vivos, tiene un enorme poder de adaptación, hasta el punto de que aparece la vida como un fenómeno de adaptación continuada, correspondiente a la acción recíproca entre el individuo y el medio.

Con los adelantos de la civilización, el medio geográfico ejerce sobre el hombre cada vez menor influencia, aunque existan aún los problemas coloniales, preponderando, en cambio, cada día más el medio económico; y el hombre, al adaptarse continuamente a él y a sus variaciones, vive la historia, dándole en todo la razón a Marx.

La economía mundial es un complejo fenómeno biológico que se realiza al margen de los gobiernos y de las grandes empresas y hasta en oposición con tales elementos. La economía mundial vive su vida que no puede ser estatuida ni lo ha sido por nadie. Es notable y elocuente el ejemplo presentado por Henry George en el capítulo X del Libro III de su *Ciencia de la Economía Política*, comparando las maniobras de un barco de vela con las de un pájaro que vuela. Ambos utilizan el viento para trasladarse, pero, mientras que en el primero obedecen las maniobras a órdenes del capitán, meditadas por éste y cumplidas por la tripulación de manera consciente, en el segundo dimanar las órdenes del cerebro primitivo del volátil, respondiendo a las apetencias que experimenta, y son cumplidas automáticamente por los músculos de una manera inconsciente.

En la vida hay dos esferas separadas herméticamente: la estatal y la biológica; la correspondiente al capitán que gobierna un barco, el coronel que manda un regimiento o el Estado que mantiene el orden burgués, por un lado; la correspondiente al pájaro que vuela, al abastecimiento de una gran ciudad, a la economía mundial, por otro.

El intervencionismo del Estado en las economías nacionales marca, precisamente, la grave crisis que atraviesa el régimen capitalista camino de su desaparición: equivale a operaciones quirúrgicas torpes que agravan cada momento el mal.

Nada puede la política sobre la economía mundial que, según Henry George, es la obra exclusiva de la civilización; así dice:

«Un simple amo de hombre, aunque pudiera disponer de los servicios de millones de éstos, no podría hacer un barco semejante (un barco moderno) sin una civilización preparada para ello. Un Faraón que construye pirámides, un Genghis Khan que levanta montañas de cráneos, un Alejandro, un César, ni siquiera un Enrique VIII, podrían hacerlo.»

Efectivamente, no es la fuerza bruta la creadora, sino la de la civilización; pero la civilización, en cuanto se relaciona con la economía, que es la determinante de la historia, prescinde del arte y hasta de la ciencia, así como de todos los demás matices que a la civilización le corresponden, para actuar exclusivamente con la técnica.

Claro es que la técnica es únicamente un corolario de la ciencia, con lo que la ciencia es, en definitiva, el verdadero fundamento de la Historia, pero la

ciencia no persigue sino idealismos abstractos en su ansia de conocimiento, mientras que la técnica tiene por esencial misión el intervenir, utilizando los adelantos de la ciencia, en la modificación y el perfeccionamiento del hecho económico que constituye el medio al que el hombre necesita incesantemente adaptarse.

El autor recuerda con nostalgia sus años mozos de estudiante. Una noche primaveral, en repaso de examen, trabajaba a las altas horas de la noche en un sexto piso de Madrid, ante el abierto balcón, y contemplaba incontables lucecillas. A aquellas horas, indudablemente, aquellas luces alumbraban cada una a un estudiante que aspiraba con su trabajo sereno en el silencio augusto de la noche a transformarse en un técnico. El autor recuerda que aquella noche, contemplando tantas pequeñas luces y pensando que correspondía a incontables estudiantes, experimentó la sensación de la sublimidad de su tarea. Desde entonces siente un fervoroso y respetuoso cariño reverencial por la técnica.

Miremos compasivamente a los grandes pensadores, a los filósofos; ellos no hacen más que reflejar la luz de la ciencia refractada por la técnica; son como los tenedores de libros del «acervo» humano. Los magos de la técnica dan un paso más hacia adelante que modifica el medio económico, y ellos lo anotan cuidadosamente en su filosofía.

Compadezcamos también a los políticos cuando de buena fe se creen que pueden dirigir los destinos de los pueblos; caminan empujados por el vendaval indomable de la técnica. Parece que son ellos los primeros y solamente logran sacar provecho personal de su excepcional situación. Son la punta del palo mayor de un barco: lo que más se mueve allí; pero su movimiento no es causa, sino efecto. Lo más alto es, precisamente, lo más intensamente influido.

La historia del mañana no sale del cerebro de los políticos, ni de la enseñanza de los filósofos, ni de la predicación de los propagandistas, ni de las conspiraciones de los hombres de acción, ni de los entusiasmos de las masas. La fuente pristina del mañana está en la ciencia utilizada por los técnicos para transformar el medio económico.

La eficacia transformadora de la varita milagrosa de la técnica, es inmensa. Un inventor nos aproxima a unos hombres y a otros para que podamos escucharlos y vernos. Otro hace a la tierra condensarse, encogerse, y acorta todas las distancias haciéndolas diez veces menores que antes. Otro derriba una frontera. Aquél arruina a un país que había monopolizado una industria.

Somos distintos de como eran nuestros padres por obra de los inventores, y ahora trabajan tan de prisa que somos ya distintos de nosotros mismos, y lo que variaremos aún.

Este concepto claro del determinismo tecnológico, oteando la marcha acelerada de la técnica, permite abrigar hermosas esperanzas sobre lo que ha de ser el porvenir.

La técnica propende sistemáticamente a aumentar los medios de actuación del hombre, pero, al mismo tiempo, a difundir dichos medios, poniéndolos al alcance de un número de individuos cada día mayor. Esto se ve claramente sin que necesitemos presentar ninguno de los innumerables ejemplos aducibles. En cambio, es evidente que el origen de las desigualdades e injusticias sociales es precisamente la desigualdad de dichos medios de acción al alcance de diferentes individuos.

Por otra parte, podemos observar que los inventos se van extendiendo en su aplicación lentamente, de modo que la modificación del medio económico lleva

siempre sobre la técnica determinado retraso, de donde también podemos formarnos ideas del porvenir estudiando la tendencia de los últimos inventos.

Los que han llegado ya a su máximo desarrollo, habiendo formado el medio actual y marcando las pautas de nuestra vida, son inventos que pudiéramos llamar socialistas o socializantes: los ferrocarriles, redes de energía y de comunicaciones, distribución de agua, los grandes vapores. Para la aplicación de todos estos inventos hace falta una compleja organización al servicio de grandes capitales y la cooperación de numerosos hombres sometidos a una disciplina. Por eso la sociedad ha caminado tan acentuadamente hacia el socialismo.

Pero, en cambio, los últimos inventos tienen marcada tendencia anarquista o individualista: la telefonía, posterior a la telegrafía, necesita menos organización que ésta al suprimir a los telegrafistas. La telefonía automática individualiza aún más el servicio. La telegrafía sin hilos prescinde del inmenso capital necesario para tender la red, para sumergir el cable. El automóvil es más individual que el tren. Más lo es el aeroplano, que ni carretera necesita. Ya está alboreando la utilización práctica de los aeroplanos sin motor.

El determinismo tecnológico de la economía, al depender de ésta la Historia, pinta color de rosa el horizonte por donde ha de surgir el porvenir, porque los inventos aproximan cada día más estrechamente a todos los hombres, borrando diferencias y, al mismo tiempo, propenden a hacer a los unos independientes de los otros.

Por otra parte, al ir siendo cada día más poderosa la técnica, van pudiendo los hombres prescindir más eficazmente del barco para utilizar el ave. Porque el barco, con su capitán que manda y su tripulación que obedece, es solamente un sustitutivo del ave, que se transporta mejor con sólo resortes instintivos. Esos resortes instintivos que pone la técnica al alcance de la organización económica mundial que, gracias a ella, es algo vivo alejado de la esfera estatal, dentro de la biológica.

Alfonso Martínez Rizo



El imperialismo japonés aplasta al general chino Ma.

(Ko Kumin, Tokio)

Los gastos del proteccionismo

Las tasas aduaneras percibidas en las fronteras francesas en 1931 han aumentado en un 30 % con relación a 1930, cuando el valor de las importaciones está en regresión del 19 %. De forma que mil francos de mercancías pagan, a la entrada en Francia, derechos de 139 francos, contra 87 francos en 1930. El consumidor francés que compra una mercancía extranjera que cuesta diez francos, paga 140 francos de derechos de aduana.

Bonita manera de defender su economía.

¿Está madura para Hitler la Economía alemana?

La orientación espiritual de la Alemania actual tiende cada vez más hacia la Dictadura. No solamente los políticos, sino que también los teóricos de la Economía creen que sin una fuerte voluntad que, naturalmente, debe venir de un dictador, no es posible continuar.

El profesor Werner Sombart, uno de los más célebres representantes de la economía nacional en Alemania, defensor del orden social capitalista y partidario de un sistema económico progresista, dió recientemente una conferencia sobre el desarrollo del capitalismo. Como los puntos de vista de Sombart son característicos para una gran parte de la opinión pública de Alemania, su conferencia era esperada con gran interés.

La exposición de Sombart, que hizo en el salón de la antigua «Herrenhaus» ante un público numeroso, mostró una vez más que los teóricos capitalistas han agotado su ciencia. Si de defensores calificados del orden social capitalista deben, en la explicación de los acontecimientos económicos actuales, resguardarse tras los factores irracionales; si hacen depender el mejoramiento de la crisis de una «voluntad fuerte», la ciencia económica nacional oficial confiesa abiertamente su impotencia para dominar la crisis por el mecanismo de las fuerzas capitalistas.

Según las explicaciones del citado profesor, el espíritu del capitalismo se compone de dos partes: una racional y otra irracional. La racional es de «contar y pesar»; la irracional es de «especular y arriesgar». Hemos salido del libre intercambio y caemos en una economía sujeta. Un retorno al libre intercambio no es posible, según Sombart.

Las ataduras del capitalismo son múltiples, comprendiendo, aparte de los *cartels* y *trusts*, toda la legislación social, los contratos de tarifas con los Sindicatos, los Consejos de fábrica, en una palabra, la existencia del movimiento obrero que no permitiría la vuelta a la concurrencia. Hoy, en tiempo de crisis, no estamos todavía desembarazados de todos los signos de la coyuntura. Existen precios que pertenecen al tiempo de alza e igualmente salarios que son aún muy elevados (!). (Es significativo el hecho que el profesor de economía nacional no haya aportado cifras para apoyar su afirmación con respecto a los salarios altos.)

Según Sombart existen para el capitalismo tres posibilidades:

- 1.^a Continuar de la misma forma que hasta ahora.
- 2.^a Vuelta al estado original del capitalismo. (Sombart considera este paso atrás como reaccionario y toma, ante esto, una actitud neutral. Ni lo espera ni lo teme.) Las dimensiones del capitalismo actual son demasiado grandes para que se pueda volver a la fase del capitalismo desordenado. El campo de acción del capitalismo es demasiado pequeño en consideración a las enormes especulaciones. No es tampoco posible que, según el principio del mercado libre de la oferta y la demanda, todo se ordene por sí mismo, eventualmente, por medio de

una especie de armonía preestablecida. No queda, pues, más que una posibilidad, la

3.^a Reformar la vida económica y enlazar todas las funciones económicas en un plan de economía. Mas este plan no debe limitarse solamente a determinados dominios de la vida económica, sino que debe abrazar, por el contrario, la TOTALIDAD. Debe extenderse a la PRODUCCION, la CIRCULACION, el REPARATO y el CONSUMO. La segunda reivindicación que Sombart da para este plan de economía es la UNIDAD. Esta debe venir de un solo lado, de una unidad nacional, es decir: del ESTADO.

Con la satisfacción del auditorio, cuyo espíritu era casi exclusivamente capitalista, el conferenciante se apoyó particularmente sobre el hecho de que el plan económico ruso entra perfectamente en el cuadro del orden económico capitalista. El plan económico no tiene ningún signo distintivo del socialismo o, incluso, del comunismo. El mismo capitalismo, vista su tendencia de desarrollo, será obligado a proceder a organizar una suerte de economía, según un plan cuya referencia ya existe en las disposiciones de los *trusts*, *cartels* y monopolios nacionales e internacionales. Esta transformación del capitalismo moderno, de capitalismo individual desordenado hacia un orden económico según plan, conduce a un acercamiento de las formas capitalistas hacia la economía soviética. El capitalismo mundial ha sacado de Rusia alguna enseñanza: transformar sus fuerzas económicas con arreglo a un plan preconcebido, pero conservando la dirección y no dejando que la tome el proletariado.

Pero para no asustar con estas perspectivas a los representantes del capitalismo, Sombart se apresura a declarar que el plan económico ordenado por el Estado permite EL MANTENIMIENTO DE LA ECONOMIA CAPITALISTA DE BENEFICIO. A los que se resisten a la intervención del Estado en el dominio del consumo, Sombart les convence de que actualmente nuestro consumo nos es impuesto por los industriales y los inventores. En el plan económico el Estado decide sobre el consumo. Lo mismo da: obligación aquí y allá. El plan económico de Sombart se apoya sobre la multiplicidad del desarrollo económico. Una forma económica única no puede encontrarse para todas las ramas de la vida económica e industrial. La agricultura exige otra forma que la industria, e incluso en el seno de la agricultura, las formas de explotación en las regiones montañosas deben ser otras que en las llanuras. Las condiciones económicas para la industria minera no son las mismas que para la industria textil. Lo que fué posible para la inmensa Rusia no se puede trasplantar a otros países cuya base de materias primas es más reducida. Según Sombart, en el plan económico puede convivir la economía privada junto a la economía en común, la economía cooperativa y la economía capitalista. La competencia es, en el seno del plan, no solamente posible, sino necesaria. Los medios son múltiples. Pueden partir directamente del Estado o ser transmitidos a organizaciones especiales. Los Bancos pueden ser encargados por el Estado de la realización del plan económico y las cooperativas, colonias, etc., deben igualmente colaborar a ello. Lo esencial es que todo parte de un centro: DEL ESTADO.

No hay gran diferencia entre el plan económico que preconiza Sombart y el plan económico soviético. La única diferencia fundamental consistiría en el hecho de que en Rusia la acumulación del capital la realiza el Estado, mientras que Sombart quiere mantener la economía capitalista privada.

En la consideración de las conexiones económicas, Sombart llega igualmente al resultado que la economía mundial no puede continuar subsistiendo en sus formas actuales. La economía mundial de anteguerra se apoyaba sobre la prepon-

derancia de Europa y de la raza blanca, mas Europa no podrá ser nunca el capitalista del mundo entero, y eso no solamente porque la economía monetaria, que se apoya sobre la base oro, el patrón oro, ha sido sacudida por la caída del valor inglés, sino, sobre todo, porque la producción en Europa es la misma, incluso con tendencia a bajar, y también porque las exigencias de los asalariados son más grandes.

Ahí también se ve la gran amabilidad de Sombart para los capitalistas. Le bastaría comparar las estadísticas sobre los salarios y el *standard* de vida de hoy y de anteguerra para ver que, por consecuencia del desarrollo de la técnica y de las nuevas necesidades creadas por el mismo capitalismo, la forma y la manera de satisfacerlas se han hecho múltiples y ricas, pero que la renta del trabajador y su nivel de vida no es tan elevado y que eso sólo es ya la razón del retroceso del predominio de Europa. Un signo feliz es que se despierten los pueblos coloniales y que la emancipación pondrá fin pronto o tarde al predominio de Europa y América. Esto conducirá a que los pueblos iguales vivirán y se administrarán y a condición de que el proletariado oprimido se libere de sus explotadores. Y únicamente entonces habrá garantía no solamente de la igualdad absoluta de los pueblos, sino también de la de las clases y de los individuos.

Sombart se declara contra el libre cambio entre los pueblos y se pronuncia por los derechos de importación y de exportación, deseando una autarquía consciente de sus fines que será introducida en los cuadros de un plan económico.

Pero, a pesar de todo, la realidad no se ha agotado todavía. Al lado del *Ratio Economicus* se halla aún lo irracional. Este depende de una determinada dirección de voluntad y ésta es irracional. Puede ser personificada por un solo individuo, como Lenin o Mussolini, pero puede también ser representada por una colectividad. Algunos conocimientos teóricos pueden ser útiles a esta voluntad, pero lo más importante es que esta voluntad sea fuerte, clara y consciente de su fin. «Que pueda —termina Sombart— nuestra Patria poseer tal voluntad.»

La desviación de consideraciones económicas, que, en todo caso, están aún en el dominio de la realidad, en el dominio de una filosofía nebulosa, buscando la salida de la crisis en un Mesías a lo Lenin o a lo Hitler, y donde se le reserva sitio a una colectividad oscura, es un signo doloroso de la confusión que reina en Alemania y que ha llegado incluso a los hombres de ciencia. El estado de espíritu en Alemania está maduro para Hitler si el proletariado consciente, de clase, no logra a última hora, por una intervención enérgica, dar un fuerte viraje a la izquierda a la rueda de los acontecimientos próximos.

A. Souchy

Berlín.

Caro rascacielos

El EMPIRE STATE BUILDING se ha terminado de construir en la fecha contratada..., pero costando la vida a cuarenta y dos obreros.



El comunismo libertario, mi credo social

He aquí las interesantes manifestaciones del famoso economista Christian Cornelissen, que —a nuestro ruego— nos ha enviado, precisando sus concepciones sobre la organización de una sociedad comunista libertaria, así como las medidas a tomar si los acontecimientos fueran propicios a una revolución social.

De la misma manera publicaremos las que vayamos recibiendo de todos los hombres de relieve internacional que militen en el campo socialista, en sus variadas manifestaciones.

ADMITO como lejano ideal para la Humanidad entera la forma de un régimen estrictamente comunista: «A cada uno según sus necesidades y de cada uno de acuerdo con sus capacidades.»

La prueba de que la Humanidad puede acercarse cada vez más a este ideal en el transcurso de los siglos venideros la veo en la institución actual de la familia. Una familia modelo de nuestros días, sea pobre o rica, es estrictamente comunista, en el sentido que acabo de indicar: «Uno para todos y todos para uno.» Los miembros más fuertes de la familia sostienen a los niños y a los viejos, los cuales serán sostenidos igualmente cuando estén enfermos o envejezcan. Mas yo no acepto el principio formulado más arriba, sino para un largo porvenir, si se le quiere aplicar a la sociedad entera. Poco más o menos, como el buen creyente cristiano comprende el principio del amor y del Evangelio: «Si alguien te da un bofetón en la mejilla derecha, preséntale la otra también.»

Si se le dice a un creyente sincero que la aplicación estricta de tal principio daría resultados negativos al aplicarlo a los hombres de la actual sociedad, el creyente responderá: «Lo sé; pero considera este principio como un ideal lejano, de un amor perfecto, ideal que sería ciertamente imposible de alcanzar en la inmensa mayoría de los hombres de nuestra época, pero al que es necesario tratar de aproximarse lo más posible y en cuya dirección debemos perfeccionarnos.» Así es como yo comprendo el ideal del comunismo estricto.

Ya sé que, actualmente, un régimen social que no exigiera más que el resultado del trabajo de todo hombre adulto y en buena salud, contrabalanceando la extensión de su consumo, encontraría dificultades prácticas insuperables, y seguirá teniéndolas hasta que la Humanidad no haya cambiado profundamente en el sentido altruísta.

Precisamente es en los medios obreros en donde he encontrado, en el transcurso de mi vida, los partidarios más fervientes, incluso fanáticos, de este princi-

pio: «El que no trabaje, no comerá.» Y es porque los obreros saben perfectamente lo que es trabajar.

Después de más de treinta años de estudios especiales sobre economía y más de cuarenta años de experiencias prácticas en el movimiento obrero internacional, no veo ningún porvenir próximo para el estricto comunismo, más que en algunas esferas muy especiales de la producción y del consumo y para productos de primera necesidad: pan, ropa de trabajo y habitaciones sencillas.

Estos artículos de primera necesidad pueden ser producidos siempre por la comunidad de trabajadores en cantidad suficiente para que puedan estar disponibles, aun para aquellos que no quieran trabajar.

¿Es que en la actualidad no está disponible el agua potable para todos los habitantes de un pueblo cualquiera? ¿No es libre la entrada a los jardines?

Para todo aquello que sobre de lo estrictamente necesario será preciso contentarse —en un próximo porvenir, así como en el presente— con obtener que la comunidad dé, por espíritu de solidaridad, sus cuidados a los enfermos, a los inválidos, a los niños y a los viejos, sin que este espíritu de solidaridad revele la *filantropía*, sino la expresión de un *deber social*.

A pesar de todo, estimo que *la realización progresiva del régimen comunista será la obra de una larga educación de los hombres*, de generación en generación, y que también la inmensa mayoría de los obreros —aparte algunas excepciones raras— aprendan a trabajar unos para otros, así como estudiar la manera de ser aptos a la sustitución del capitalismo privado y suplantarlo en la dirección de la producción.



Pero no soy solamente *comunista*, sino que también *libertario*, o sea, que pido la mayor libertad *posible* para todo individuo o agrupación de individuos; la mayor autonomía posible para cada comuna y cada región en el seno de la nación y la independencia de todo pueblo, sea grande o pequeño, de toda nación que pretenda representar una civilización de un carácter particular.

Si supiera que un Gobierno tiránico, una dictadura como la que hay ahora en la Rusia soviética, pudiera traernos en medio siglo una forma de comunismo altamente desarrollada, pero con la condición de que la libertad individual quede completamente sacrificada, preferiría el régimen actual con todos sus defectos, ya que al menos da alguna libertad.

Ciertamente que sería mejor para dicha de todos que la Humanidad pueda evolucionar lentamente en dos direcciones a la vez: la del comunismo y la de la libertad, que realizar, por la violencia de una dictadura, un orden social de esclavitud, aunque esta esclavitud debiera acercarnos al comunismo.

En la definición de la palabra *libertario*, dada más arriba, he subrayado la palabra *posible* porque conozco todas las dificultades que se presentan en la vida práctica de todos los días para la realización de la *libertad* y de la *autonomía*, en su sentido estricto, como también reconozco todas las dificultades prácticas que se presentan en la realización del *comunismo*. Tanto en una como en otra dirección precisa una evolución de varias generaciones antes de que se puedan realizar nuestros mejores sueños sociales; es decir, antes que los hombres, en su conjunto, hayan aprendido a tolerarse mutuamente y amarse y trabajar unos para otros.

Quiero, no obstante, precisar algunas palabras que empleo para expresar mi

credo. Como definición del principio de la *libertad* admito la que da Spinoza : «Podrá llamarse libre la cosa que exista por la sola necesidad de su naturaleza y esté determinada por sí sola para obrar ; esta cosa será dicha necesaria, que está determinada por otra para existir y producir algún efecto en una condición cierta y determinada.» (*Ethique*, Primera parte, definición VII.) De acuerdo con esta definición, el hombre es libre en sus actos cuando él es en sí mismo el solo y único promotor; por el contrario, el hombre no es libre o *en dependencia* cuando otras personas ajenas a él deciden en su forma de obrar, de forma que no es más que parcialmente el promotor de sus propios actos. Además, la *Ética* moderna admite que todo individuo *debe quedar libre y debe desarrollar plenamente su personalidad hasta el punto en que comience a molestar la libertad de otro: sea la libertad de otros individuos, sea la de una colectividad*.

Que el individuo duerma o vele, coma o beba, que se dedique a los juegos o a los deportes, que vaya a paseo o al concierto o viaje, o que haga lo que le parezca, siempre, naturalmente, que no lesione los intereses de su familia o de su medio, pues está en la naturaleza de las cosas que el que desea que se le respete su libertad debe también, por su parte, respetar la libertad del prójimo. Desde que la realización de los deseos personales empiezan a lesionar la libertad y los intereses de otro, es necesario entenderse : precisan concesiones por ambas partes, entre el individuo molestado y las colectividades, o entre los individuos que se hayan molestado. Concesiones hechas directa y amigablemente entre las partes, si es posible ; en caso contrario, la intervención de una autoridad competente como árbitro.

Hay camaradas entre los anarquistas que reclaman pura y simplemente la abolición del Estado. Si bajo el término Estado comprenden el conjunto de los rodajes de la administración y coacción representando los intereses de las clases dirigentes y sobre el cual basa hoy todo Gobierno su poder, estos camaradas están en lo cierto. El Estado que se reclama ser representante de la colectividad debe desaparecer bajo su forma actual, debiendo evolucionar como la Humanidad en general y reorganizarse de manera fundamental para hacerse más humano y más civilizado. Pero si los camaradas individualistas niegan la necesidad para las diversas colectividades sociales, los derechos en tanto que colectividades ; si condenan toda representación de la colectividad, estos camaradas están equivocados y esparcen teorías perniciosas. Pues si tratan de estudiar las dificultades que se levantan ante la vida real, cuando cuarenta millones de habitantes deben entenderse para vivir juntos sobre un territorio como el de Francia o Inglaterra, o cuando cuatro millones de ciudadanos de New York o siete millones de londinenses se encuentran reunidos en una sola aglomeración urbana, se encontrarán con serios problemas. A mayor densidad de población, más estrictamente deben ser mantenidas, en su medio, cara a los individuos y a su libertad, los derechos y los deberes de la colectividad. Con miras a las organizaciones e instituciones sociales : Cooperativas, Sindicatos Obreros, Ligas de productores y de consumidores, de inquilinos y de padres de familia y Asociaciones de la juventud, debemos defender igualmente el principio de la mayor libertad posible.

Los representantes de la colectividad deben vigilar las asociaciones que coaccionan los intereses y la libertad ajena, como son : los *cartels* y *trusts* de los grandes productores que tienden al monopolio para estrangular los consumidores ; los financieros coligados y sus procedimientos de especulación ; las bandas de merodeadores y rufianes o tal o cual Sindicato que, por interés corporativo, fuera contra el interés de la colectividad. Nosotros debemos sostener el principio de *autonomía* en favor de las organizaciones e instituciones sociales. Bajo el

término de autonomía comprendo aquí la libertad de las organizaciones e instituciones para *arreglar sus asuntos interiores según sus propios principios*, quedando sometidas a las prescripciones generales en vigor para todos los ciudadanos.

Con el fin de poder llegar a una realización tan perfecta como sea posible del principio de la autonomía, debemos aspirar a la mayor *descentralización* posible de los poderes, contrariamente a la tendencia centralizadora común a los gobiernos de los Estados modernos. En lo que respecta a la vida en común en la sociedad, debemos insistir desde ahora en que la vida social se basa de más en más sobre *la comuna*. A mi modo de ver, las comunas en el porvenir deberán aprovisionar y dotar de herramientas las regiones, provincias, departamentos o Estados. Y las naciones juntas constituir una *verdadera* Sociedad de Naciones, no como la de Ginebra, que es una caricatura o, mejor, un muy modesto e hipócrita principio.

La sociedad del porvenir debe organizarse de abajo hacia arriba, en vez de gobernarse como en la actualidad de arriba abajo.

Si queremos ahora juzgar la posibilidad de realizar o de aproximarnos al ideal comunista y libertario en la Humanidad entera, es necesario reconocer la realidad de los hechos y tratar de no desestimar la potencia de nuestros principales adversarios: los propietarios de la tierra y los capitalistas; los organizadores de la industria y del comercio; el clero, que los sostiene, y el Estado actual, que es su instrumento. Inútil discutir con algunos de nuestros camaradas anarquistas la necesidad de la lucha de clases. Negar esta necesidad es negar la verdad que *toda forma de sociedad se basa en la fuerza y no en un titulado contrato*. En la lucha de clases, los trabajadores industriales, comerciales y agrícolas tienen en su favor la fuerza numérica, pero las clases propietarias, agrícolas y capitalistas tienen la ventaja de una larga experiencia —la mayor de las veces una rutina— en la organización y la alta dirección de las empresas en la industria, los transportes y las comunicaciones, aparte de la ventaja que les da también las tradiciones, los hábitos y costumbres enraizadas en toda población.

La existencia de este doble hecho implica la necesidad en las masas laboriosas de *organizarse*, y esta necesidad se impone también a los comunistas libertarios, anarquistas y Sindicatos obreros, y, en general, a todas las tendencias proletarias. Si los anarquistas no se emancipan de la aversión que muchos de ellos sienten todavía contra toda forma de organización local, nacional o mundial, dúctil pero fuerte, no podrán tener *influencia decisiva en la formación futura de la sociedad* cuando, dentro de poco, el régimen capitalista haya probado suficientemente su impotencia para regir la vida social moderna. En su impotencia, los comunistas libertarios y anarquistas podrán entonces, como han hecho en Rusia, servir de carne de cañón y ser las primeras víctimas de la revolución social, incapaces de poder mantener posición alguna en favor de sus principios comunistas y libertarios. No harán más que lo que han hecho en Rusia: ayudar a los socialistas marxistas y estatistas para llegar al Poder y después extrañarlos, una vez cumplida la revolución.

En el momento que los comunistas libertarios comprendan toda la importancia que tiene una organización fuerte sobre los principios de un programa común de tendencias internacionales, la situación cambiará las primeras condiciones para el éxito futuro.

Las organizaciones comunistas libertarias no deben ser dirigidas por cualquier dictador individualista que no se atiene a las decisiones de la mayoría de los camaradas y se apropia los diarios y revistas creados por el esfuerzo de todos, sino que deben regirse por los principios de la democracia y de una dirección que vaya de abajo arriba, donde los secretarios de agrupación, redactores, etc., no sean más que los mandatarios del conjunto de sus camaradas o de la mayoría de entre ellos, en caso de divergencia de opiniones.

Fieles a sus principios, las organizaciones comunistas libertarias, en toda ocasión y ante cualquier acontecimiento, deben defender la dirección de la vida social de la base a la cúspide, contra los antiguos principios de la dirección opuesta. E insistir, en la época de una revolución social, en la transformación de todas las tierras y casas en propiedad de las comunas, de forma que en el porvenir sea imposible a los particulares colocar sus fondos en tierras o en casas, si bien conozco las dificultades que esta medida encontrará por parte de los grandes propietarios. Las organizaciones comunistas libertarias deberán siempre y en todo momento defender los principios de la libertad individual y de la autonomía local y regional contra los principios de un Gobierno centralizado, y el principio de la responsabilidad de todo representante mandatario de la comunidad contra el principio de la dictadura de un individuo irresponsable.

Una medida social y revolucionaria de gran importancia es la toma en posesión de la producción por los trabajadores organizados, pues el cuerpo social o la clase que tenga en sus manos la dirección de la producción domina, por esto mismo, de hecho, toda la vida social.

Si una revolución social —que en la actualidad no puede ser más que mundial— estallara dentro de poco tiempo, deberemos esperar que la joven generación de los industriales y un número considerable de técnicos, ingenieros, arquitectos, químicos, etc., se unieran al movimiento obrero, prefiriendo ayudarnos a organizar la producción en provecho de todos, antes que trabajar para unas cuantas decenas, centenas o millares de rentistas.

Es necesario esperar que obtengamos este sostén, pues hay que confesar que en ninguna parte, incluso en los Estados Unidos o Inglaterra —por no hablar del resto de Europa— están suficientemente preparados los obreros para tomar con sus organizaciones la alta dirección de las fábricas y talleres y, sobre todo, del conjunto de la vida económica. La experiencia que se hizo en Italia a este respecto ha sido una dura lección que nos ha valido la reacción del fascismo.

La responsabilidad de esta situación recae en gran parte sobre los directores de las industrias y del comercio capitalistas, así como a sus gobiernos, por haber tenido alejados de la dirección de las empresas a los trabajadores manuales e intelectuales.

Si estallara dentro de poco una revolución, todos estos pequeños y grandes potentados deberán acusarse a sí mismos si las organizaciones proletarias deciden militarizar todos los jefes de empresa actuales mantenidos en su sitio, bajo la vigilancia del personal, y de llevarlos ante el tribunal revolucionario en caso de sabotaje o de negligencia en sus funciones.

Ante este caso, la libertad individual debe ceder el sitio ante el interés general. Si, a pesar de todo, tarda la revolución social, no obstante la crisis mundial que padecemos, los comunistas libertarios deberán ayudar a los sindicalistas revolucionarios a reivindicar en todos los países la institución de *delegados del personal* —trabajadores manuales e intelectuales reunidos— participando en la dirección de todas las empresas industriales, comerciales, financieras o agrícolas que tengan personal asalariado (talleres, fábricas, etc., con más de cinco traba-

jadores). En este caso, los delegados de los trabajadores manuales e intelectuales que tengan la ocasión de ponerse poco a poco al corriente de la marcha general de un establecimiento industrial, comercial, etc., podrán, quizá, constituir, en el momento que su intervención sea necesaria, un núcleo suficiente de expertos para poder realizar la puesta en marcha de la producción social por la sola fuerza de los trabajadores.

Christian Cornelissen

París.

Huelga de nacimientos

El eminente economista Ernst Kahn acaba de publicar un libro de gran interés, titulado : *Der Internationale Geburtenstreik* (La huelga internacional de los nacimientos).

De la obra destacamos el siguiente cuadro, por cierto muy significativo. En él compara el término medio del número de hijos por matrimonio en 1900 y en 1929 en algunos países más importantes :

	Número de hijos por matrimonio	
	1900	1929
Alemania	4'4	1'94
Inglaterra	3'7	2'—
Francia	2'9	2'18
Irlanda	4'4	4'30
Italia	4'5	3'60
Noruega	4'3	3'—
Rusia	3'4	3'10
Suecia	4'5	2'60
España	4'9	3'90

El autor no da en sus causas el predominio directo a la situación material de las poblaciones, sino que lo achaca, principalmente, a la emancipación económica de la mujer, a la indiferencia religiosa creciente y al deseo de los individuos de gozar más tiempo de la vida.



Una página de mi vida

¡Juan Grave! Para quienes cooperaron en su juventud en el ardiente movimiento social comprendido entre los años 1890 y 1910, este nombre evoca el tumultuoso idealismo que conmovió a toda una generación de intelectuales y de artesanos, a los cuales unía en un haz la mística y humanitaria aspiración de crear una sociedad mejor.

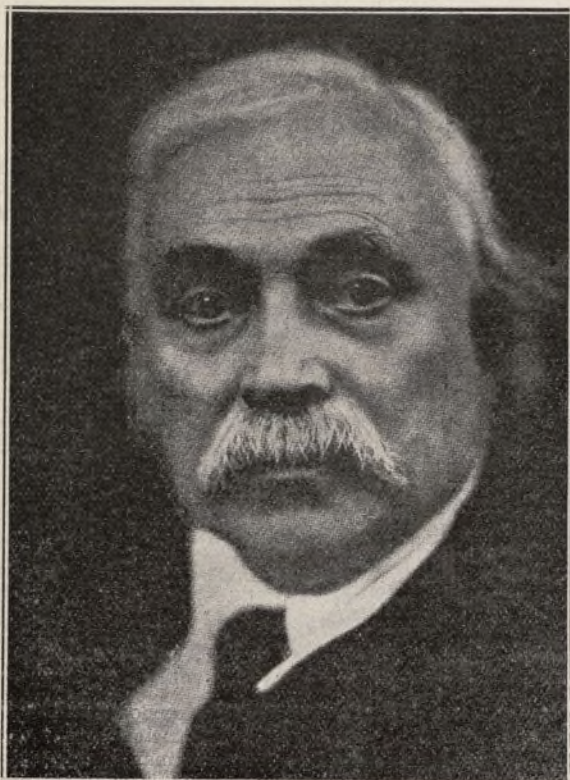
El que, para formarla, se hayan tenido sus constructores que combatir agriamente, el que un aparente desorden haya dado paso alguna vez a los empíricos, el que los teóricos hayan tenido que inclinarse momentáneamente ante ciertos ultimátums pueriles, son variantes que indican el impulso vital de las doctrinas que apasionaron a los espíritus durante veinte años, para terminar en el fracaso terrible de las más generosas esperanzas bañadas en la sangre del horror.

La infancia de Juan Grave fué igual a la de casi todos los hijos del pueblo. Nacido en Breuil, en 1854, en el departamento de Issoire, brezan su infancia las leyendas que se cuentan en las veladas, hasta que llega a París para sentarse en los bancos de la escuela. Sus padres habitan en un piso situado en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, hoy calle Tournefort, y el futuro anarquista es un muchachuelo tranquilo, muy tímido, al que animan los sueños multicolores de la infancia y sus mutables deseos. Cual otros muchos niños, no conoció otras alegrías familiares que el espectáculo diario del padre que se levanta al

llegar el alba, para volver a su casa por la noche, mudo de fatiga y con humor variable; de una madre débil, inquieta provinciana, a quien la vida febril del barrio y del piso sombrío inclinan lentamente hacia los coloquios secretos con la muerte; de una hermanita a quien ha de cuidar, sustituyendo a la madre, absorbida en trabajos de costurera; menuda y persistente llovizna de tristezas que cae sobre las jóvenes cabezas para convertirlas, más tarde, en rebeldes o en vencidas.

Juan Grave trabaja sucesivamente como aprendiz de mecánico, de forjador y de zapatero; las bromas de sus camaradas y la incoherente autoridad de los patrones le han enseñado más acerca de los hombres que todos los filósofos: como piensa con rectitud, odia lo injusto y lo arbitrario; indignación infantil, latente desde la adolescencia, que, cuando la hayan esclarecido las sólidas lecturas que tratan de las desigualdades inexpiables de una sociedad que sólo se basa en intereses y apetitos, ha de afirmarse luego haciéndole refractario a este orden de cosas.

Vive la Comuna con su padre insurrecto; un año más tarde pierde a su madre y a su



Juan Grave en 1928

hermana, a quienes vela hasta el último suspiro. Luego entra en quintas. Condensa en su Gran Familia todos sus rencores y odios. ¿Quién podrá vituperarle por ello, cuando escritores burgueses, como Lucien Descaves o Abel Hermant han firmado esas obras tan mordaces y acusatorias, que se llaman El Caballero Miserey y Suboficial'?

Licenciado del ejército, única felicidad de su vida, vuelve a París en donde vive con sus camaradas de ideas. Crea en esa población, con sus amigos, un activo foco de propaganda, el Grupo de Estudios de los distritos V y XIII, de que es secretario, y en donde batalla para organizar el partido anarquista. Caffiero, Tcherkesoff, Malatesta, Kropotkin y Eliseo Reclus inspiran entusiasmo al joven propagandista con su acción, su palabra o su ayuda.

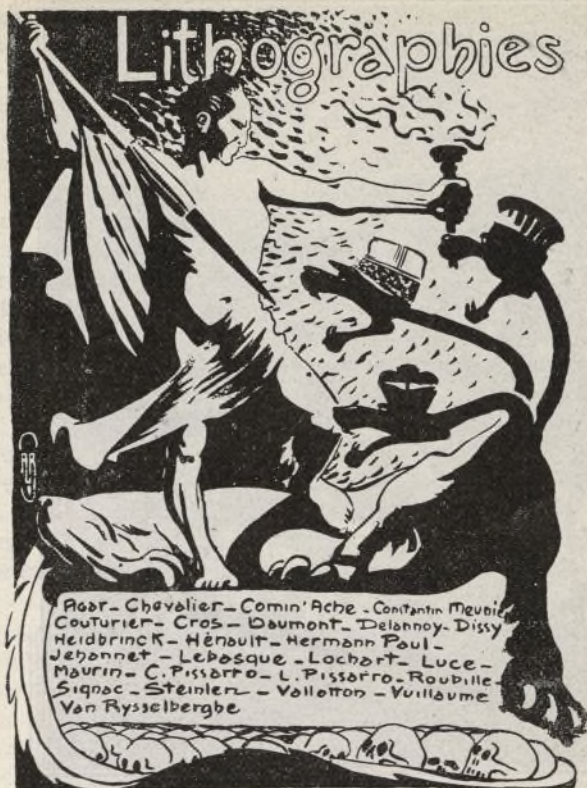
Su obra viva fué La Révolte y, más tarde, Les Temps Nouveaux, obra ingrata y admirable, en que este hombre público supo conservar la calma de piloto de noble causa, frente a la vindicta de una gerontocracia miedosa y la crítica acerba a que tienden con tanta facilidad los libertarios.

Los lectores de Gravé que hayan conocido las horas heroicas de aquellos tiempos no podrán releer sus obras sin emocionarse.

¿Quién sabe si, cual nuevos Aristeos, podrán un día no lejano oír zumbir a un enjambre de libres abejas «en el vientre de los inmolados toros»!

Pero ¿no sería esto, como dijo Virgilio, un nuevo prodigio?

M.



Un anuncio de «Temps Nouveaux»

Litografía de Signac

«Les Temps Nouveaux»

A la mañana siguiente de llegar a París fuí a visitar a Stock. Quería proponerle que publicase mi libro sobre el ejército, cuyo borrador escribí en Sainte-Pélagie, y que había terminado en Clairvaux. Lo había titulado yo *Bajo el uniforme*, pero un literato desconocido reclamó este título, y Stock lo tituló *La Gran Familia*.



Reproducción de una litografía de Jehannet

libertad, mi única idea fué reemprender la propaganda por donde la habíamos dejado, rehacer el diario, pues era el único modo de vengarme.

Lo primero era volver a ponerme en relación con mis camaradas.

Mientras estuve preso recibí un cheque de 300 francos, que me envió Sadier, desde Buenos Aires.

Un repetidor de liceo había colaborado en el *Suplemento*, bajo el nombre de Carlos Alberto. A consecuencia de ello, fué tan perseguido e importunado que tuvo que dejar la enseñanza. Por aquel entonces estaba en Lyon, como corrector de imprenta. Allí reunió unos cuantos centenares de francos, y yo logré recoger cerca de 800.

Como es natural, escribí a Reclús y a Kropotkine para saber si podía contar con su colaboración.

Reclús me respondió que los tiempos habían cambiado. Y yo le contesté que «No veo que haya cambiado nada. Lo único que pasa es que tenemos quince meses más.»

Me escribió rogándome que fuera a verle a Bruselas. Tomé un billete de ida y vuelta, valedero para cinco días. Y llegué a Bruselas, en donde Reclús me dijo:

—¿Te has entendido con Pedro (Kropotkine)?

—Le he escrito, como a ti, y creo que se puede contar con él.

—Eso no basta. Es preciso saber lo que opina.

—Si sólo se trata de eso, embarcaré mañana para Londres.

Antes de reintegrarme al trabajo, quise expresar personalmente mi agradecimiento a los escritores que habían salido en mi defensa. Era lo menos que podía hacer.

Bauer, se hallaba ausente. De todos los demás, sólo recuerdo a Drumont, que me defendió en la *Libre Parole*.

Sólo recuerdo de nuestra conversación el tono chocarrero con que me dijo, mientras guiñaba un ojo: «Esto no impide que podamos jactarnos, cada cual por su parte, de enojar a muchas personas.»

Interiormente me preguntaba yo si Drumont estaría bien convencido de su antisemitismo. No eran sus palabras, sino el tono y el gesto con que las pronunciaba, aunque no me gustan los que ofician de pontífices cuando hablan de sí mismos.

En cuanto estuve en

Como Reclús no tenía cama disponible para mí, me condujo al hotel. A la mañana siguiente me acompañó a la estación. Al llegar a Ostende me embarqué para Londres, en donde tomé un coche que me llevó a casa de Kropotkine. No tardamos en ponernos de acuerdo. Kropotkine se alegró de que reapareciera el diario. Podía contar en absoluto con él. Enviaría tantos artículos como necesitara.

Como mi billete sólo valía para cinco días, y yo no tenía recursos suficientes para perder este beneficio, salí para Bruselas al día siguiente.

Reclús no estaba en situación de continuar dándonos la subvención de cien francos que nos venía entregando hasta que suspendimos la publicación de la *Révolution*, pero prometió ayudarnos todo lo que pudiera.

Su hermano Elías, que cenó con nosotros aquella noche, me contó la alegría que habían tenido cuando se enteraron de la absolución en el proceso de los Treinta, porque si hubiésemos sido condenados, el Gobierno hubiera hecho otras batidas. Y a nosotros nos hubieran conducido al lugar más malsano del Gabón.

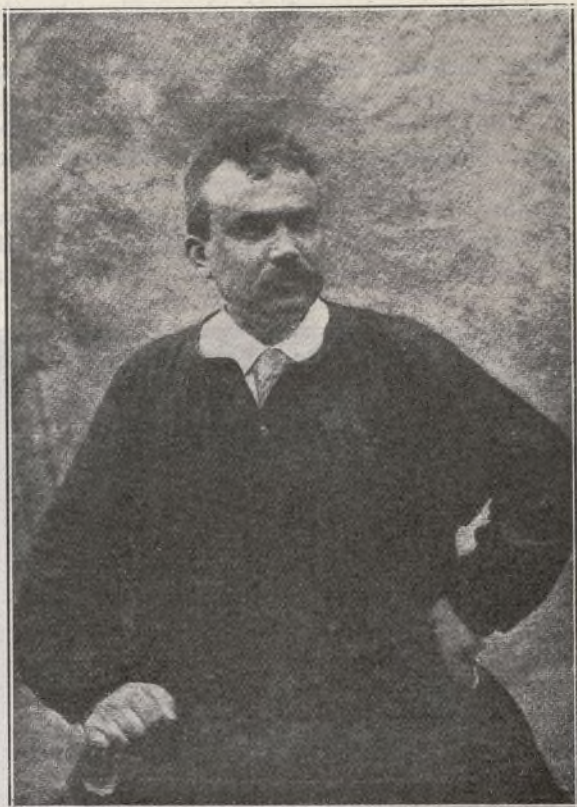
¡ Los republicanos se recordaban de Sinnamarie !

Cuando estuve de vuelta en París, me puse a buscar un impresor, y mandé imprimir un llamamiento con lista de suscripción a favor de *Los Temps Nouveaux*. Este título me lo sugirió Reclús.

Muchos literatos anunciaron la aparición del nuevo diario. Como no tenía impresor cuando hice la declaración de registro del título, di el nombre de Allemane, lo que le valió una interviú.

Por mi parte, recibí la visita de una tal Cecilia Renooz, feminista, que vino a reclamar la prioridad del título *Les Temps Nouveaux*, cuyo registro había hecho en la oficina oficial.

Le prometí que lo pensaría. ¡ Era tan desagradable cambiar el título, después de haberlo anunciado tanto ! Además, el título nos pertenecía mucho tiempo antes que a la señora Renooz, pues era el de un folleto de Kropotkine, publicado en 1889. El encargado del Registro me dijo que la señora Renooz había registrado su título hacía más de un año, y como el periódico no había aparecido todavía, decidí conservar el que habíamos elegido.



Juan Grave en la época del proceso de los Treinta

Por fin encontré un impresor, que se llamaba M. Noizette, y tenía el taller en la calle Campagne-Première. Pero, luego de tirado el segundo número, me dijo que la impresión de nuestro diario podría ocasionarle la pérdida de antiguos clientes que habían protestado ya, y que me agradecería que tirase el periódico en otra imprenta. Tuvo la gentileza de agregar que podía tirarlo en la suya hasta que encontrase otra. Pero añadió que, cuanto más pronto la encontrase, más satisfecho estaría. Y me trasladé a la casa Blot, en donde estuvimos hasta 1908.

● ●

Cuando regresé a París fui a visitar también a Saint-Aubán, para agradecerle lo que había hecho por mí. Y me dijo que un tal Michelot le había visitado para pedirle que me pusiera en relación con él, pues tenía que hacerme una proposición.

Tratábase de crear un diario, cuya dirección pensaba confiarme, asignándome un sueldo de 500 francos mensuales. Se contaba con la colaboración de Kropotkine, Reclús, Severine y otros, a quienes habría de ver yo.

Yo no sé por qué me pareció que Michelot era un agente de los realistas. Sin embargo, había que comprobarlo. Escribí a Kropotkine participándole mis sospechas que pensó, como yo, que era preciso observar a ese hombre.

Cuando volví a ver a Michelot le dije que Kropotkine aceptaba el colaborar en el diario, con la condición de que la redacción estuviera en nuestras manos, dejando para ellos la administración. El buen hombre aceptó la combinación, pero se fué escabullendo poco a poco, hasta que, por último, dejó de responder a mis cartas.

También vi a Paul Adam, quien me había escrito ofreciéndose a colaborar en *Les Temps Nouveaux*, y prometiéndome, además, que recogería por lo menos mil francos. Me citó en un bar cercano a la Opera.

En la última entrevista me propuso lo siguiente: Estaba en relación con un tal Parsons, que publicaba en Marsella un diario semejante al *Suplemento de la «Révolté»*. Y bastaba con que yo le escribiese para que Parsons me cediera su diario. Esta proposición me dejó estupefacto.



Reproducción de una litografía de Steinlen

—No veo por qué me ha de ceder Parsons su diario —repuse tímidamente—. Además, lo que nosotros queremos es fundar un periódico nuevo y no continuar el de Parsons.

Tal fué toda la ayuda que Paul Adam prestó a la aparición de *Les Temps Nouveaux*. En cuanto a su colaboración, dejó tan incumplida su promesa como todas las demás.

El fué quien, más tarde, tuvo la idea origi-

nal de «regenerar el presidio por medio del ejército», creando batallones de condenados.

Hablé con Descaves, quien me sugirió la idea de tratar de este asunto invirtiendo el título, y titulándolo: «Regeneración del ejército por medio del presidio.»

Paul Adam, herido en lo más vivo, me escribió para defender su proyecto, pero nuestras relaciones terminaron con esta discusión.



Juan Grave en «Temps Nouveaux»



No fué tan sólo Paul Adam quien prometió su colaboración. He aquí la lista de colaboradores, que copio del primer número. Todos la habían ofrecido formalmente, excepto Nadar, que me dijo en una carta que aceptaba que le incluyese entre los colaboradores, para demostrar con ello su simpatía por nuestra obra, pero que lo más probable sería que no tuviese tiempo para enviar artículos:

Paul Adam, Jean Ajalbert, Barrucand, L. Descaves, Eekoud, A. Hamón, A. F. Hérold, Théodore Jean, Bernard Lazare, Georges Lecomte, Octavio Mirbeau, F. Nadar, A. Retté, Marc Stéphane.

Théodore Jean cumplió su palabra. Durante una temporada nos envió versos que se publicaron en el *Suplemento*. Hamón envió también algunos artículos. En cuanto a Descaves nos entregó una serie de artículos, varios años después de la aparición del diario.

Escribí muchas veces a cada uno de ellos para recordarles su promesa de colaboración, pero fué inútil. Todos tenían muchos deseos teóricos de colaborar en el diario, pero se aguantaban las ganas de hacerlo.

La promesa de su colaboración y la propaganda que hicieron a nuestro diario en sus periódicos ayudó indudablemente al éxito de nuestro diario en sus comienzos. Tiramos 18.000 ejemplares en el primer número; pero, como su promesa no se cumplió, las tiradas fueron descendiendo, hasta que volvimos a la de 8.000 ejemplares.

Ninguno se tomó el trabajo de justificar su abstención. Girard encontró a Bernard Lazare un día en casa de Stock y le preguntó que por qué no había enviado artículos todavía. Lazare repuso que no trabajaba gratis.

Si no hubiese sido Girard el que me contó esta respuesta, no lo habría creído. Pero Girard era persona seria.

(Continuará.)

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

Este trabajo es el primero de una serie de artículos que seguirán bajo el título que encabeza esta página. En ellos, el conocido líder del movimiento sindicalista español irá estudiando el origen y encadenamiento histórico de las luchas sociales en nuestro país, desde el punto de vista documental.

Será la historia viva del movimiento proletario, escrita por quien ha vivido todas las incidencias propias de tan agitado período.

I

Apuntes y notas

RECONOZCAMOS que, aparte lo escrito por Anselmo Lorenzo en sus dos tomos de *El proletariado militante*, no se ha escrito nada que tenga algún valor histórico apreciable.

Hay, por lo que a la actuación sindicalista se refiere, el libro de Manuel Buenacasa, titulado *El movimiento obrero español—1886-1926*, año en que apareció dicho libro. Respecto al mismo, no diré más que lo que el autor dijo contestando a una carta mía que le envié con motivo de una serie de artículos históricos que publicó en *Solidaridad Obrera*, a últimos del año 1923.

Confesó que su propósito era publicar elementos de juicio que sirvieran para escribir una historia verdadera; pero que cuanto escribía lo hacía de memoria y con notas de palabra que le proporcionaban los demás. Escribir una historia en estas condiciones, es por demás atrevido.

Aparte lo escrito por Lorenzo y por Buenacasa, hay los documentadísimos trabajos de Max Netlau; pero la significación de la obra de este historiador incomparable está muy alejado de nosotros, ya que en su mayor parte se refiere al período que historia el camarada Anselmo Lorenzo. No obstante, cabe afirmar que es lo más fundamental que se ha hecho. En algunos aspectos, la obra de Netlau es superior a la de Lorenzo.

Además de lo escrito por nuestros camaradas hay, en la bibliografía de las luchas sociales en nuestro país, lo escrito por Juan José Morato, socialista, escritor fecundo y documentado acerca de la labor del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.

Morato ha escrito mucho, pues hay multitud de artículos esparcidos por la Prensa obrera socialista, y actualmente es en *La Libertad*, de Madrid, donde periódicamente publica trabajos del mayor interés histórico social.

El abandono en que hasta ahora se ha tenido el historial de la Confederación Nacional del Trabajo y cuanto con sus actividades generales se refiere, es lamentable. Y lo es mucho más, porque carente la clase trabajadora de apuntes,

notas, noticias y documentos que la orienten en su obra de emancipación social, de lucha contra el capitalismo, de batallar contra el Estado y sus instituciones, va a ciegas en su camino, pues ignora lo que se hizo ayer, y sabido es que cuanto se hace en el pasado es la base de lo que puede hacerse en el futuro.

Pero no sólo carece la clase trabajadora española de informes históricos de la acción del sindicalismo en nuestro país, por no haberse escrito nada sobre el particular, monografías, informes o memorias sobre un período dado de actuación, sino que ha de irse más allá; por carecer de toda nota histórica de algún valor, digamos que hasta nuestra Prensa se aparta de tratar esta cuestión. Sin duda no le interesa. Aquí el descuido es general y de todos.

No os molestéis en consultarla si deseáis encontrar trabajos periodísticos con este fin. No la preocupan los problemas históricos. Lo único que hallaréis en sus columnas son los hechos, que el azar o las circunstancias llevaron allí, producto, en la mayoría de los casos, de algún camarada de buena voluntad que los ha enviado; pero nada más. Un estudio, un comentario, una crítica sobre un hecho cualquiera, de huelga o conflicto planteado y sostenido por la organización, no vayáis a buscarlo; no lo encontraréis. Si buscáis un documento que no sean las reseñas de Congresos, Plenos o algo parecido y que pueda servir de orientación acerca del pasado de nuestras luchas, no perdáis el tiempo. Todo esto está por hacer.

Sin embargo, sería necesario hacer historia. Escribir sobre historia. Compilar datos, buscar noticias, reunir documentos; desentrañar, en fin, ese pasado, con el propósito de saber lo que se ha hecho y tener datos completos de los beneficios obtenidos.

Por otra parte, nada como la Historia para adentrarnos con cierta seguridad en el mañana.

Cierto es que el hombre no puede determinar en absoluto su futuro. Que el misterio de lo que ha de venir está por encima de todo cálculo y de toda ponderación. Pero si no puede dominar este misterio, ni marcarle una ruta fija, ni obligarle a producirse en uno o en otro sentido, sí puede, y aquí está el valor intrínseco de la historia, decir lo que quiere que este futuro sea. Y ya se sabe que si no todo, siempre se logra una parte de lo que se ambiciona.

Además, es interesante, pletórica, abundante en acontecimientos de la máxima importancia nuestra historia. Las luchas sociales en España tienen una característica especial. Se producen según rasgos propios, obedeciendo a causas de naturaleza peculiarísima; y siendo esto así, escribir la historia de estas luchas, sería de un valor documental incomparable.

Las luchas sociales en cada país van íntimamente ligadas a su economía. Esto es forzoso. Ahora bien; casi todos los países de luchas sociales intensas se caracterizan por una economía distinta de la Economía española. Ocupa nuestro país, en Economía, una posición indefinida si quiere comparársele a otro país cualquiera. No es eminentemente agrícola. Tampoco es fundamentalmente industrial. Y, no obstante, tiene de lo uno y de lo otro. Pero las características de su agricultura y de su industria tampoco se parecen para que, estudiando la historia de otros países, podamos establecer comparaciones. Las diferencian matices muy apreciables. En estas condiciones, no hace falta mucha perspicacia para comprender que las luchas sociales entre patronos y obreros españoles han de tener modalidades que las distingan de las que haya en otros países. Las modalidades en la lucha social son como el líquido en los recipientes. Adopta el contorno que éstos tengan.

Naturalmente que hay un fondo común entre las luchas sociales en todos

los países. Objetivamente van en todos ellos, salvando raras excepciones, a la supresión del patronato. Suprimido éste, así como el Estado, quieren instaurar un régimen social más justo y más humano. Pero si hay concordancia perfecta en el fin, en la objetividad suprema, no la hay en los procedimientos, tácticas y normas a seguir para alcanzarlo. Y faltando esa concordancia en aspectos tan vitalísimos para la acción de las masas obreras en la conquista de su bienestar, naturalmente que las acciones resultantes de la lucha entablada han de ofrecer características que las distinguan.

Por esta causa, aun admitiendo que la historia de la lucha social en otros países pueda sernos de utilidad y enseñanza, distará mucho de serlo tanto como lo fuera la propia. De aquí nuestra lamentación por la carencia de estudios históricos.

Pero no cabe perder el tiempo en lamentaciones más o menos razonables. Lo que no hay, no lo hay, y, por lo tanto, es inútil lamentarse. Más práctico que eso, será siempre contribuir a corregir la deficiencia que se apunta.

En ese sentido, sin pretensiones de historiar nuestras luchas sociales, diremos algo sobre el particular; apuntaremos hechos; daremos fe de lo que conozcamos; pues sino otra ventaja, tendremos la de contribuir a despertar en quién pueda y sepa hacerlo, el deseo de emprender tarea tan necesaria.

Las noticias más interesantes, por lo imparciales y veraces, de lo que han sido en España las luchas sindicales desde la fundación de las primeras entidades obreras por los emisarios que a nuestro país envió la Internacional, son las que nos ha dejado Anselmo Lorenzo en los dos tomos ya citados de *El proletariado militante*. Todo lo que se ha escrito después de esto es muy poca cosa. Podríamos decir que no es nada, pues ya decimos más arriba los defectos de que adolece el libro del camarada Buenacasa, cuyo valor es extremadamente relativo.

Explícate esto perfectamente teniendo en cuenta las dificultades con que tropezó dicho camarada; a lo que ha de añadirse su manera peculiar de *ver* las cosas.

El historiador, según nuestra manera de pensar, ha de ser hombre sereno, reposado, calmado; poco inclinado a las fantasías del pensamiento; justamente lo contrario del temperamento del amigo Buenacasa. No obstante, cabe reconocer la intención que puso al querer historiar el movimiento obrero en período tan rico en matices y tan complejo en hechos del más alto valor social.

Falto de estas cualidades, el historiador no es tal; pero como no es siempre el historiador quien comienza la obra histórica indispensable y propiamente dicha, agraciéscase a los demás lo que hacen, ya que en su intención hay el buen deseo de facilitar los medios para que el historiador de verdad pueda cumplir mejor su cometido. Y es lo último, justamente, lo que haremos con los trabajos que nos proponemos publicar.

Para quien concienzudamente pretenda desentrañar la evolución seguida, así como historiar los hechos más salientes a que esa evolución ha dado lugar, en el movimiento obrero español, desde que se constituyeron las primeras Sociedades de Resistencia hasta los actuales Sindicatos de Ramo o de Industria, las dificultades con que tropezará son enormes, cuantiosas, invencibles, casi.

¿Causas de estas dificultades? Muchas y variadas. En primer lugar, la falta de documentación. Aparte el despego natural que tenemos los españoles por las letras, pues sabido es que una de las características de nuestro pueblo es «no dejar nada escrito para que nada pueda probarse», está la incultura, el analfabetismo de la clase trabajadora. No cabe argumentar sobre el hecho. Lo reconocemos todos. Por lo mismo, no ha de perderse el tiempo razonando sobre cuestiones cuya existencia es unánimemente reconocida. Unidas estas dos causas, el temor a que lo escrito aparezca como testimonio irrecusable, y la incapacidad para hacerlo, por falta de la instrucción más elemental, nos darán una escasez casi absoluta de documentación indispensable para historiar con suficiente conocimiento de causa.

En segundo lugar, está la actitud francamente bárbara de las autoridades.

Dícese que cuando los turcos entraron en Bizancio, lo primero que hicieron fué incendiar las riquísimas bibliotecas de la ciudad conquistada. Con esto mostraban mejor y más elocuentemente su origen bárbaro, la incultura y la brutalidad del pueblo dominador. Aunque quizá en el fondo, más que la barbarie de que la Historia nos habla, hubiese el odio de casta y de clase, y de religión, sobre todo. Y ya sabemos que éste no perdona jamás. Algo parecido, sin duda, ha ocurrido en nuestro país con las hordas policiales. Cada vez que un conflicto obrero, huelga o de otra naturaleza, les llevaba a penetrar en un Centro obrero, en un Sindicato o en el domicilio particular de un camarada, no incendiaban las bibliotecas ni los archivos, como hacían los turcos invasores; se los llevaban y no parecían más. Eran sistemáticamente destruídas por el odio salvaje de los mandatarios de un régimen no contento con perseguir a los hombres por sus ideas; quería ir más lejos; quería destruir también cuantos elementos de cultura pudiesen contribuir a que los trabajadores mejoraran su condición. De aquí la carencia de documentación abundante para historiar un período de varios años de actuación.

Sin embargo, puede conjeturarse sobre hipótesis que nos acerque más o menos a la verdad real de los hechos, que si no son la verdad misma, se le aproxima tanto que puede aceptarse como a tal.

Además, en este período, tan interesante como los hechos, son las evoluciones que sufre la organización, ya que sus derivaciones se proyectan aun en la actividad de nuestros días.

Claro que no estaría de más poder unir a la hipótesis más o menos acertada, el documento fehaciente, corroborándola; pero ya que no es posible ofrecerlo como fuera de desear, no hay otro camino que seguir la senda trazada por los que nos han precedido en la materia.

Angel Pestaña

Baja de salarios

La CANADIAN RAILWAY UNION, representando la mayoría de las dos redes más importantes de ferrocarriles canadienses, acaba de aceptar la disminución de un 10 por 100 del salario.



A continuación reproducimos, en facsímil, algunos anuncios que inserta el periódico fascista alemán «Volkster Beobachter». El lector se dará perfecta cuenta de los propósitos «pacifistas y convincentes» de los partidarios de Hitler.



SORTIJAS para SEÑORAS
plata doublé-oro

1 mk.

SORTIJAS con SELLO

Rebaja a los
revendedores

M. en Dresde

El dinero alemán al comercio alemán

Favoreced nuestros anunciantes.

**No hay judíos
entre ellos**

FORMAS PARA HACER FIGURINES

Tropas de asalto,
camisas oscuras,
portaestandartes, etc.
(que permiten la recons-
titución completa de la
revista de Brunswick)

*Diversión para toda
la familia*



Forma de 3 fig.

Mk. 4'50

Pedir catálogos:

CASA X., EN LEIPZIG



¡ALTO!

**¡Combatientes de las
tropas de asalto!**

Todo vuestro equipo contra
4 plazos mensuales o 16 plazos
semanales.

Enviamos en depósito, a todos
los jefes de destacamento, para
que los escojan sus hombres,
toda clase de equipos.

*Los pedidos deben llevar
el sello del partido.*

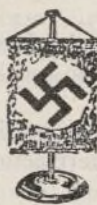
Casa L., Nurborg

Reloj de servicio

Cristal irrompible,
caja inoxidable,
saetas luminosas.

Mk. 10

Casa S., en Dresde



**Banderas
Estandartes**

**Tapetes
de mesa**

Modelos re-
gimentarios

Paul S., en Chemnitz



La mejor arma
defensiva

PISTOLA A GAS

R., en Essen



**Pistolas de
repetición**

6 mm.

Exceptuadas de la autorización de
uso de armas

6 tiros: 8'50 Mk.

100 cartuchos: 1'50 Mk.

Casa Y., en Hamburgo



**ALHAJAS CRUZ FASCISTA
COLGANTES**

**SORTIJAS CRUZ FASCISTA
Y MONOGRAMA**

**GEMELOS PLATA
DOUBLÉ-ORO, DESDE**

1 mark

Casa Z., Colonia



Los hijos de Iñigo de Loyola, por Constantino de Esla.

Un padre prolífico y una descendencia numerosísima, un tanto mimética, negra, de birllas negras para una partida de bolos, que hemos de terminar algún día si se mantienen plantados y tiesecitos como los *Ejercicios*, copiados del *Via Christi*, y el *Imitatio Christi*, de Tomás de Kempis. ¿Por qué me acordaré siempre de Tomás Rodaja?

¡Son tan «Vidrieras» estos padres sin hijos!

¿En la cuenta de los *Ejercicios* no tiene más folios el «Debe» que el «Haber»? ¡Qué difícil un balance!

Iñigo, cojo y sucio, hacía perder el sentido a las mujeres. ¡Aún quedan Iñigos!

En 1541 es reconocida la Compañía de Jesús.

Iñigo muere en 30 de julio de 1556, pero dejó compañía... ¡y ésta tiende su red por el mundo!

En la India, en el Japón, en China, en el Nuevo Mundo, en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, y en España, donde se hacen los amos, pero aún se acuerdan del 2 y del

3 de abril de 1766, cuando zarparon con rumbo a Italia..., pero también se acuerdan del papa Pío VII, y de su vuelta... ¡Se habían dejado la puerta entreabierta!

¿Peligro rojo?

¡El negro, el negro!... (como en *Los Fracasados*), que está tan penetrado, que creo que tiene participaciones en fábricas de tinta.

Del Esla, maestro y periodista, de veintitrés años, sabe más de ellos que el fundador.

La verdad es que Iñigo se sentiría ahora un poco defraudado, a pesar de que la tinta ignaciana llena muchas estilográficas...

Días de infancia, por Máximo Gorki.

Con el presente volumen inicia la Editorial Cenit una nueva colección de Obras Completas del célebre escritor ruso, Gorki, cuya mayor parte de producción era desconocida de los lectores de lengua castellana.

El autodidacta pone un dejo de autobiografía a lo largo de toda su producción, por la que discurre el complejo desfile de ambientes y costumbres eslavos y la creación de formidables tipos como personajes de

acción, santos o tarados, física y moralmente; que tenían por base de la educación la crueldad.

El mismo Gorki, con todos los niños de su casa, eran metódica y cruelmente apaleados los sábados por faltas fútiles o pretextos insignificantes. A consecuencia de estas bárbaras palizas llegó alguna vez a estar grave, luchando entre la vida y la muerte. A causa de una de ellas murió una tía suya.

La Rusia autocrática, que menospreciaba el talento y la inteligencia de sus grandes hombres, obstinados en sus creaciones imperecederas, en las que gastaban su vida y su inteligencia que «es imbécil como el sol: su trabajo es desinteresado.»

Aquel pueblo, que trataba duramente a sus mujeres y a sus niños; que tenía entre sus refranes este, peregrino:

Cuanto más se apalea a la mujer, mejor sale la sopa.

La «sabiduría popular» cree que todo lo apaleado vale más: «se dan por un hombre apaleado dos que no lo hayan sido, y aún es poco.»

La pintura de la época, en que Gorki no podía mostrar las fotografías de Nijni, con su central eléctrica, con su fábrica de autos y de tractores, con sus ciudades obreras, con sus bibliotecas, con su juventud, que, pese a muchos occidentales, no está «podrida».

M. ALEJANDRO

10 novelistas americanos

Por y a pesar del «wilsonismo», el financierismo de los Estados Unidos nos ha colonizado, y puesto que les conocemos por el anverso de la moneda, es hora de que, siguiendo el consejo de André Manrois, recurramos a sus novelistas para saber de su reverso, menos áureo, pero, sin duda, de más quilates y menos peligroso.

Se ha descubierto que la literatura americana moderna es una de las más interesantes que existen, y tanto es así que los académicos del Premio Nobel, en 1930, dieron el premio al neorrealista crítico Sinclair Lewis.

Literatura independiente y de inspiración social, que se rompe la cara y los puños contra los sinais de la plutocracia del dinero, del prohibicionismo y del babbittismo.

London, el Gorki americano, nacido de la clase obrera, que llevó su conciencia de clase a su producción literaria —según Upton Sinclair— y que muy a gusto escribiría un ensayo socialista para decir al mundo burgués el desprecio que le inspira.

Dreiser (Zola-Balzac-Dostoevski). Es el

autor de *El Financiero*, y uno de los que más han ofendido, con sus libros, a la América oficial.

Sinclair, el revolucionario, el de «todo arte es propaganda», el de *Carbón, Petróleo, Boston, Un americano cien por cien*.

Anderson, el nuevo Walt Whitman, el heredero del «chivo que tuviera la vejez de los Andes».

Dos Passos, el novelista de muchedumbres, de la vida desordenada y dinámica, de *Manhattan Transfer*, L. Lewisohn, Er. Hemingway, L. Bromfield.

Mc. Kay, el negro admirado por Chaplín, nieto de esclavos vengados con sus poemas. Enamorado de nuestro Mediterráneo. Autor de *Cok-tail negro* (E. Ulises), Muerde sus rencores, cuando exclama en *Un trabajador fatigado*:

*...El día miserable les pertenece, pero la
[noche es mía...]
Pues él solamente ha podido ver la Auro-
[ra...]*

ECONOMÍA POLÍTICA

La crisis mundial y sus perspectivas,
Lucien Laurat.—(L'Englantine. Bruselas.)

Un pequeño libro donde el autor bosqueja el cuadro general de la crisis económica actual: sus orígenes, su mecanismo y su perspectiva. Termina el autor recordando brevemente diversas teorías, elaboradas por los economistas burgueses.

Indica el porqué éstos son incapaces de dar una explicación valedera, pudiéndola encontrar, en cambio, en el análisis marxista de la Economía capitalista.

E. L.

CUESTIONES OBRERAS

El derecho del Contrato de Trabajo de los obreros agrícolas de Alemania, Austria y Hungría.—(Ginebra, B. I. T.).

En razón de sus condiciones de vida y de trabajo, los obreros agrícolas constituyen la categoría menos favorecida de los asalariados, y cuya organización sindical está todavía en el primer estadio de su desarrollo.

Con esta idea, el informe proporciona una documentación seria sobre el régimen jurídico y las condiciones de trabajo, salarios, habitaciones, higiene, a las cuales están sometidos los obreros agrícolas en tres países.

M. C.

CUADERNOS DE CULTURA

Publicación
quincenal

Verdadera y única enciclopedia popular al alcance de todas las inteligencias
y de todas las fortunas — PRECIO: 60 CÉNTIMOS

Cada mes dos elegantes tomitos, de nutrido texto, conteniendo una materia bien seleccionada y sistematizada que le ayudará a formar su cultura, sin grandes quebraderos de cabeza. He aquí los títulos publicados:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera.
- 2.—**Introducción a la Filosofía**, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 3.—**Universo**, por el Dr. Roberto Remartínez. (Agotado.)
- 4.—**Liberalismo**, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por Mariano Gómez y González.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el Dr. Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y Pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo**, por Ángel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por el profesor Luis Huerta. (Agotado.)
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Carlos Sáinz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcitoral.
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gosalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción al estudio de la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, por Leopoldo Basa.
- 23.—**El romancero español**, por Ramón de Campoamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea López.
- 25.—**Por la Escuela Renovada**, por Carmen Conde.
- 26.—**La Dictadura, la Juventud y la República**, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—**Gabriel Miró (El escritor y el hombre)**, por Juan Gil-Albert.
- 28.—**Cómo nació España (Primer de la Historia popular de España)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 29.—**El logro de nuestro tiempo. ¿Revolución?**, por Antonio Porras.
- 30.—**El problema social en las democracias**, por Augusto Villalonga.
- 31.—**Pablo Iglesias (De su vida y de su obra)**, por Julián Zugazagoitia.
- 32.—**Sexo y Amor**, por Hildegart.
- 33.—**Disciplina de la liberación**, por Fernando Valera.
- 34.—**El desarme moral**, por Rodolfo Llopis.
- 35.—**El impuesto y los pobres**, por Julio Senador Gómez.
- 36.—**Teresa de Jesús lejos de la Santidad y del histerismo**, por Teófilo Ortega.
- 37.—**Higiene de la primera infancia (Puericultura)**, por Luis Valencia.
- 38.—**Una mujer capaz: Teresa de Jesús**, por Teófilo Ortega.
- 39.—**Los Separatismos**, por S. Montero Díaz.
- 40.—**La Anarquía**, por Sebastián Faure.
- 41.—**La Revolución Sexual**, por Hildegart.
- 42.—**Los microbios y la infección**, por el Dr. Isaac Puente.
- 43.—**El Sufragio Universal**, por Joaquín Coca.
- 44.—**La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio**, por Gonzalo de Reparaz.
- 45.—**Azorín (De su vida y de su obra)**, por José Alfonso.
- 46.—**El esfuerzo ruso: La revolución Agraria**, por M. Farbman.
- 47.—**La Religión de la Humanidad**, por Matías Usero Torrente.
- 48.—**La tierra de España y la Reforma agraria**, por Pedro González Blanco.
- 49.—**El peligro religioso**, por Matías Usero.
- 50.—**La economía de la República Española**, por J. Millet Simón.
- 51.—**Manchuria y el imperialismo**, por Andrés Nin.
- 52.—**El comunismo libertario expuesto por un ingeniero español**, por Alfonso Martínez Rizo.
- 53.—**Fascismo**, por Santiago Montero Díaz.



En el número 54, correspondiente al 30 de abril, publicará

COMO ESTUDIAR LA HISTORIA

por

Gonzalo de Reparaz (hijo)

(Primer CUADERNO de la Historia Universal)

Idea de lo que es la Historia, de los factores principales que intervienen en la evolución de los grupos humanos, y de cómo se le utiliza para crear leyendas envenenadoras de las masas, con gravísimo perjuicio para la civilización.

Suscripción: Pesetas 5'50, cada 10 números.—Pida el título que le interese y se le enviará contra reembolso, cargando 0'50 ptas. por gastos de correo y certificado.—Se desean corresponsales para la difusión de esta obra de cultura.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44. - VALENCIA

Ayuntamiento de Madrid

E D I C I O N E S

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

MARIN CIVERA

el sindicalismo

historia - filosofía - economía

3 pesetas

HILDEGART

paternidad voluntaria

guía práctica de los medios
para evitar el embarazo

2 pesetas

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

plan financiero quinquenal de la república española

5 pesetas

RAMÓN J. SENDER

teatro de masas

2 pesetas

pídalos a su librero o contra reembolso

En prensa:

Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad

Krassin, Bogómolov,
Guerschanovich

Traducción directa del ruso
por Andrés Nin